

AVISO

Por no disponer de los correspondientes originales informáticos, la maquetación de este texto difiere de la del publicado en papel. Por lo demás, los contenidos no han sufrido ninguna alteración.

Reseñas publicadas en el fascículo 2º del tomo LXV (1997) de EMERITA, pp. 321-378

RESEÑA DE LIBROS

I – EDICIONES Y TÉCNICA FILOLÓGICA.

PAULO DE NICEA – *Paolo di Nicea. Manuale medico* a cura di A. M. IERACI BO. Nápoles, 1996.

La colección de estudios y textos helénicos y bizantinos dirigida por A. Garzya edita por primera vez este texto médico de Pablo de Nicea. La editorial lo presenta como una «*Editio princeps* d' un manuale di medicina greca trascurato per secoli». Se trata de una compilación de las obras de diferentes autores y textos médicos, con fines instrumentales, por medio de la cual el autor pretende recoger los conocimientos médicos hasta donde habían llegado en su época. Dado que no se trata de ninguna obra original, sino de un compendio típicamente bizantino, realizado con la función de ser manual de uso y divulgación, se caracteriza por una excelente estructura interna y una perfecta sistematización. Con frecuencia el autor toma a Hipócrates y su autoridad como punto de referencia metodológico y doctrinario, más que como autor efectivamente utilizado. Sin embargo, Galeno, Oribasio y Pablo egineta, o Rufo de Efeso, sí son las verdaderas fuentes griegas de este autor, así como también médicos latinos, entre otros Teodoro Prisciano que, a su vez, es deudor, cómo no, de Galeno.

La editora de este libro describe la obra con un rasgo primordial, el planteamiento «erotopocrítico» de cada uno de los capítulos, esto es, a base de preguntas iniciales con sus respuestas desarrollando el tema. El tratado consta de un Proemio en el que el autor se confiesa seguidor de la teoría humoral clásica de raigambre hipocrática: las enfermedades son causadas por la alteración de una o varias de las cuatro cualidades de los cuatro humores debida a causas externas o internas. A este breve prefacio sigue una introducción (cap. 1) a la parte propiamente médica, en la que se nos explica cómo debe ser la visita del médico, las preguntas que debe hacer, los signos clínicos que debe tener en cuenta y, en fin, todo aquello que en dicha visita se pueda obtener para poder formular un diagnóstico y así proponer una terapia.

A continuación vienen ya los 132 capítulos de que consta el núcleo del tratado. Los nueve primeros hablan de las fiebres y los restantes van repasando las distintas enfermedades según la parte afectada, con el típico orden *a capite ad calcem*. En cada uno de ellos se examina una enfermedad y su estructuración responde a ese uso instrumental al que nos hemos referido. Consta de dos partes. En la primera, introducida por la expresión  $\tau\acute{\iota}\ \acute{\epsilon}\sigma\tau\iota$ , se trata la etiología y sintomatología de la enfermedad. En la segunda, introducida por la fórmula  $\pi\acute{\omega}\varsigma\ \omicron\upsilon\acute{\nu}\ \theta\epsilon\rho\alpha\pi\epsilon\upsilon\sigma\eta\varsigma$  se ofrece la terapia oportuna.

El texto va acompañado por un buen aparato de crítica textual y un apartado en el que se señalan los autores y obras que pueden ser la fuente de los distintos pasajes.

El texto griego viene precedido de una breve pero acertada introducción de la editora en la que se nos pone al tanto del autor y su obra. No hay postura definitiva acerca de la fecha. A

lo más que llega la autora de esta edición es a dar el s. VII como *terminus post quem* y los ss. IX-X como *terminus ante quem*. La obra, aunque en época medieval tuvo difusión, sin embargo ha sido desconocida por la ciencia moderna. En apartado distinto se habla de la lengua y el estilo que son, por su especial simplicidad y falta de retórica, reflejo del uso instrumental para el que fue concebido. Un tercer apartado de esta introducción describe los seis manuscritos conservados de la tradición directa (ss. XIV-XVI), así como otros en los que se conserva la obra sólo en parte o capítulos sueltos, y se organiza el *stemma codicum*.

Al texto sigue la traducción y unas notas que, en especial, apuntan a dos cosas: la clarificación del trasfondo histórico-cultural y la interpretación semántica de la terminología médica. Finalmente hay cuatro índices: el primero de ellos recoge una selección del léxico más relevante a juicio de la autora. El segundo es un *Index nominum* que da los nombres propios (antropónimos, topónimos, etc.). El tercer índice da las citas de las fuentes, y el cuarto es un índice de los autores modernos citados por la autora en su Introducción o en las notas.

En suma, que A. M. Ieraci ha realizado con éxito esta importante tarea de darnos a conocer, a filólogos e historiadores de la medicina, la obra de un autor bizantino que, si bien carece de toda originalidad, sí que puede reflejar el nivel de los conocimientos médicos de una época.

MARÍA DOLORES LARA

SEXTO EMPÍRICO – *Contro gli etici*, a cura di EMIDIO SPINELLI. 1995.

El planteamiento del autor, E. Spinelli, es, sin duda, ambicioso: pretende, por primera vez, la exégesis sistemática total de una obra de Sexto Empírico. Vale decir que la obra escogida está bien acotada y abarca un campo limitado: se trata del libro XI (que contiene el *Contra los éticos*) del *Aduersus mathematicos*.

La exégesis pretende ser abordada, pues, desde todos los puntos de vista y el resultado arroja, por un lado, una buena investigación sobre la utilización de la lengua por parte de Sexto Empírico, lo cual queda plasmado en una edición del texto y traducción al italiano del mismo impecables, y, por otro, un comentario completo y minucioso de la obra articulado en dos ejes: el primero que se preocupa por situar al autor en su época, en el ámbito filosófico de la misma, y en las corrientes de pensamiento tradicionales del mundo griego; y el segundo que se ciñe a lo más filológico del texto, detectándose así tanto términos raros, como *hapax legomena*, como efectos de estilo propios del autor.

El texto viene dividido en nueve apartados, entre los cuales un prólogo y un epílogo, cuyos títulos ya nos son transmitidos por la tradición, división que permite la minuciosidad, párrafo por párrafo, del comentario en sus dos vertientes.

El volumen se completa con una nutrida bibliografía, así como con cuatro índices muy útiles.

Establecimiento del texto, aparato crítico, traducción y comentario – en su vertiente filológica – son instrumentos indispensables, y dignos de elogio, para el acercamiento al *Contra*

*los éticos*. Sin embargo, hay por parte del autor, una voluntad de añadir otro componente al instrumento básico: poner de relieve el interés del texto, el interés del propio Sexto Empírico como filósofo – o, al menos, como algo más que compilador de las doctrinas escépticas precedentes –, el carácter reelaborador y sistematizador de los pensadores de las épocas tardías y, por fin, la aportación substancial de Sexto Empírico al planteamiento escéptico antiguo ante los problemas éticos. A esta labor dedica Spinelli su introducción, breve, y, sobre todo, la vertiente histórico-filosófica general del comentario.

En efecto, ante el cierto menosprecio como pensador del que Sexto Empírico ha sido objeto a lo largo de los estudios del pensamiento griego, Spinelli reivindica su figura y aporta importantes datos para apoyar su creatividad y originalidad, para contradecir así el carácter pobre en cuanto a aportaciones filosóficas, más bien asianista en cuanto a estilo, de sus escritos.

Se confrontan, pues, en el comentario, las diferentes opiniones de Sexto Empírico con otras versiones, aislando de este modo su singularidad; hay un buen estudio de las fuentes así como de la conexión entre el *Contra los éticos* con la restante obra de Sexto; se discuten otras exégesis y se define la estrategia argumentativa de Sexto a base de situarlo en su entorno local y temporal. A menudo, en apoyo de todo esto, se acude a aspectos que conforman la otra vertiente del comentario, como son las particularidades léxicas y estilísticas.

La visión resultante del *Contra los éticos* y de la labor de Sexto Empírico en general queda perfectamente circunscrita en la discusión entre empíricos y dogmáticos que domina el ambiente científico-filosófico del período imperial que, a su vez, pugna por imponerse al nuevo carácter místico que adquiere la religión, según el cual el hombre renuncia a la racionalidad para unirse con lo divino.

Sexto, escéptico y empírico, pretende, pues, la reconstrucción del acercamiento escéptico ante los problemas éticos y rebate al mismo tiempo las teorías éticas dogmáticas, del mismo modo que en su actividad de médico desconfía de las teorías y adopta una actitud completamente empírica, en oposición, por ejemplo, a su contemporáneo Galeno.

El volumen de Spinelli abordando y analizando su texto desde esa constelación de puntos de vista consigue poner de relieve todos estos aspectos y dar la clave de una lectura acertada de Sexto Empírico. Podría echarse de menos, en todo caso, un resumen de conclusiones, una vez concluido el comentario paso a paso, a través de las cuales quedaría más patente que las intenciones brevemente expuestas en la introducción se ven cumplidas.

FRANCESCA MESTRE

ARISTÓFANES – *Las nubes*, *Las ranas*, *Pluto*. Edición y traducción de F. Rodríguez Adrados y J. Rodríguez Somolinos. Madrid, Cátedra, 1995. 263 pp.

Con este tercer volumen el profesor Adrados, con la colaboración de J. R. Somolinos para *Las nubes*, completa la serie de traducciones de las obras conservadas de Aristófanes publicada por la editorial Cátedra. En la introducción general se señala que las tres obras comparten

el tema de la educación, centro de atención del poeta junto con la crítica política y literaria. Además, las tres se apartan, por diversas razones, del modelo usual de Comedia Antigua en sus aspectos menos perdurables, lo que, unido a sus propias y diferentes cualidades, contribuyó sin duda a su inclusión en una especie de canon, la llamada «tríada bizantina», más favorecida por la tradición manuscrita que las restantes obras. Sin embargo, su valor literario es muy distinto: mientras que las dos primeras son, como se dice con razón, «espléndidos documentos del mundo intelectual y poético de su tiempo», la última refleja otra sociedad, más parecida a la actual, preocupada por los problemas privados de la subsistencia cotidiana y de la preparación de los hijos en las circunstancias económicas adversas de la Atenas contemporánea.

La extrañeza de las dos primeras obras en relación con el esquema usual de Comedia Antigua puede explicarse, a mi juicio, porque en ambas la idea cómica no es desarrollada de principio a fin por el héroe frente a sus oponentes, sino que aparece al final y tras un cambio de plan; hay en ellas un tratamiento libre, nuevo, de la idea cómica, condicionado por el argumento. Además, la idea salvadora no coincide con la idea ingeniosa como en otras comedias, porque los protagonistas, Estrepsiades y Dioniso, sólo piensan al principio en su propio interés y cambian de objetivo a lo largo de las obras, con castigo divino a la manera tradicional en el caso del primero, por propio convencimiento en el del segundo. Estrepsiades es un héroe cómico *sui generis*, más bien tragicómico, que aprende la lección a su costa, pero también libra a Atenas de la supuestamente corruptora influencia de Sócrates al ejecutar su venganza. Dioniso comparte protagonismo con Esquilo, que es acompañado por el coro al final de la obra con augurios favorables para la ciudad por su regreso.

Sobre la caracterización aristofánica de Sócrates, que R. Somolinos rechaza como excesivamente forzada, ya Tovar señaló en su *Vida de Sócrates* que no tiene por qué ser más infiel a la verdad histórica que las de Cleón y Eurípides, los otros dos blancos favoritos de la crítica aristofánica. La atribución al filósofo ateniense de todas las novedades intelectuales de la época, en especial la utilización de argumentos capciosos, pretende demostrar que la educación socrática, de cuño sofisticado, corrompía a la nueva generación al enseñarla a renegar de la autoridad tradicional. Que Aristófanes estaba convencido de ello lo demuestra el que insista en su crítica del antinatural ascetismo y la prosaica «charlatanería» socráticos en *Las aves* y *Las ranas*. Varios filólogos antes y después de Tovar (Nussbaum y Marinetti entre los últimos) se han aplicado a la tarea de analizar las coincidencias entre el Sócrates aristofánico y el platónico, llegando más o menos a la misma conclusión: que no hay por qué rechazar sin más el testimonio de *Las nubes*, el más antiguo y directo que tenemos de Sócrates, pese a sus inexactitudes y falsedades, porque es un reflejo del personaje real deformado por la comicidad. Sólo el trágico fin de Sócrates y la responsabilidad que Platón achaca a Aristófanes, en la *Apología*, en la formación de una opinión adversa al maestro nos impiden disfrutar con esta parodia como con la de Eurípides, también injusta, y explican la antipatía que la obra despierta en muchos filólogos.

De *Pluto* opino que no difiere tanto del resto de las obras como suele decirse. Aunque el tema central sea el del poder corruptor del dinero, no faltan en ella la crítica política y la sátira personalizada ni la censura de la grosería cómica al uso; ni siquiera se olvida la paratragedia. El punto de partida – parece que hay que encanallarse para medrar en la vida – recuerda

el de *Los caballeros*; los labradores están ya en *La paz*, el esclavo Carión tiene sus precedentes en *Las avispas* y *Las ranas*, y la obra termina con una procesión en honor de Plutón, motivo tampoco nuevo. El papel protagonista está repartido entre Crémilo y Plutón, sólo que aquí es el hombre quien trae al dios salvador de la comunidad, y no al revés como en *Las ranas*.

Las traducciones y comentarios tienen la buena calidad que cabía esperar de sus autores; sólo quiero señalar que las primeras oscilan a veces, sobre todo en *Las nubes*, entre la versión demasiado literal de giros coloquiales y la modernización anacrónica y pasadera en otros casos, especialmente en el estridente 'joder' para traducir ἔτεόν. Habría convenido unificar la traducción de λόγος, que alterna entre 'argumento', 'discurso' y 'razonamiento', y matizar y precisar la de δίκαιος y κρείττων, de un lado, y ἄδικος y ἥττων de otro, porque en ello está el quid de la obra. En *Ra.* 336 se echa en falta una nota aclaratoria sobre los mistas, y otra en 715 sobre el doble sentido de εἰρηνικός 'pacifista'/'pacífico', que ayudaría a entender el texto; en nota 25 a *Pl.* 254 se confunden los demos con los 30 distritos del Ática; se observan también algunas faltas gramaticales y ortográficas atribuibles a erratas, varias transcripciones inconsecuentes o mejorables – daduco / dadoûchos, Iaco por Yaco, Spártoco por Espártoco, Sánfora por Sánforas –, falta de acentos en Éaco y Ártemis, y sobra en Hércules. Estos lunares no empañan el excelente trabajo de los editores que, sin duda, tendrá la acogida que merece entre el público culto.

A la útil bibliografía aportada cabe añadirle algún título interesante como: M. Nussbaum, «Aristophanes and Socrates on learning practical wisdom», *YCS* 26, 1980, pp. 43-97; Marie C. Marianetti, *Religions and Politics in Aristophanes' 'Clouds'*, Hildesheim, 1992; Paola Mignone, «Aristofane e la rappresentazione di Socrate», *Dioniso* 62, 1992, pp. 71-101, y Maria de Fátima Sousa e Silva, *Crítica do teatro na comédia antiga*, Coimbra, 1987.

ESPERANZA RODRÍGUEZ MONESCILLO

GALENO – *Sobre las facultades naturales. – Sobre la constitución del arte médica, a Patrófilo*. Traducción, introducción y notas de DOLORES LARA NAVA. Madrid, Ediciones Clásicas, 1997. 258 pp.

Para traducir bien un texto científico de la Antigüedad grecolatina se requiere, además de un sólido conocimiento de la materia y un dominio absoluto de la terminología, prudencia y mesura para no caer en la tentación de ofrecer al público lector una traducción más técnica que el original. Dolores Lara posee todos esos requisitos, a juzgar por su traducción de estos dos tratados galénicos, puesto que en ella ha acertado a reflejar fielmente el contenido de los textos griegos en español terso y sencillo, dejando sólo los tecnicismos verdaderos, que no son muchos, sin traducir, pero no sin explicar con la mayor claridad a pie de página. En ese lugar, en la brevísima introducción (pp. 7-10) y en las dos notas preliminares (pp. 13-22 y 189-194) el lector, aunque no sea entendido, encontrará toda la ayuda que puede precisar para la cabal inteligencia de los textos.

Se trata, pues, de una publicación de notable interés para los filólogos, pero no sólo para

EMERITA. Revista de Lingüística y Filología Clásica (EM) – LXV 2, 1997, pp. 321-378

ellos, porque es seguro que fuera del círculo de la Filología Clásica, cada vez más reducido, atraerá la atención de los eruditos esta primera traducción al español de dos tratados que, como la mayor parte de la obra de Galeno, fueron tenidos en grandísima estima en el Renacimiento. Lo que no me parece tan seguro es que todos sus lectores potenciales estén familiarizados con el alfabeto griego, que deberán conocer para poder leer sin tropezones las notas a pie de página, en las que los vocablos griegos – transcritos en el cuerpo de la traducción y en las notas preliminares – conservan su grafía original. Ése mínimo detalle es, creo yo, lo único que puede reprocharse a este libro.

LOIS C. PÉREZ CASTRO

## II – LINGÜÍSTICA.

BROGER, ANNE – *Das Epitheton bei Sappho und Alkaios. Eine sprachwissenschaftliche Untersuchung*. Innsbrucker Beiträge zur Sprachwissenschaft 88. Institut für Sprachwissenschaft der Universität Innsbruck, 1996. 331 pp.

Desde los años 70 han ido apareciendo una serie de trabajos que, partiendo de la lengua y la fraseología de los poetas lesbianos, intentan aportar nuevos datos sobre el origen de su lengua poética, en consecuencia también de su género literario y, en último término, sobre la prehistoria de los géneros líricos griegos. Una vez superada la idea de que Safo y Alceo emplean el lesbio vernáculo, una vez demostrada la profunda influencia de la lengua y la fraseología homéricas en su poesía, se hizo necesario rastrear algunos indicios que permitieran intuir las raíces de un género que, en la forma en que nos ha llegado, muestra una profunda mezcla – en lengua tanto o más que en contenidos – de elemento popular, literario y simplemente nuevo. Lo cual entra dentro de una tendencia más amplia, iniciada en los años 50, que investiga las tradiciones poéticas y lingüísticas independientes de Homero, o compartidas con Homero como herencia anterior común, rastreables especialmente en Hesíodo y los *Himnos*, pero también en los distintos géneros líricos arcaicos.

Hubiera sido deseable que el presente estudio se insertase de forma clara en este contexto, cosa que no hace. La introducción (pp. 15-19) no consigue clarificar su finalidad, limitándose a repasar los principales estudios de tipo general de que han sido objeto los textos de Safo y Alceo. Tras enumerar una serie de trabajos centrados más directamente en la herencia léxica y formular homérica, finaliza marcando una distinción entre éstos («*Untersuchungen mit weitgehend philologischstilistischer Ausrichtung*») y sus propios objetivos («*eine sprachwissenschaftliche Kommentierung aller Epitheta bei Sappho und Alkaios*») que el lector no acaba de captar, sobre todo a juzgar por los resultados obtenidos.

Ya el subtítulo «*Eine sprachwissenschaftliche Untersuchung*» resulta bastante inadecuado, pues el estudio lingüístico, interesante y a menudo detallado, aporta poco a la ya clásica gramática de E.M. Hamm. Pero en cualquier caso, si su objetivo es contribuir a la caracteri-

zación lingüística de Safo y Alceo, es claro que los epítetos proporcionan un material parcial y limitado, en el que los aspectos lingüísticos no son, a mi entender, lo más interesante. Pero antes hay que detenerse en una cuestión crucial: ¿qué es lo que aquí se considera epíteto? Partiendo de Parry la autora considera (p. 17) el epíteto como «un acompañamiento repetitivo, estereotipado en su contenido, y en gran parte funcional métricamente, que es característica constitutiva formal como componente de la poesía épica transmitida oralmente». Lo cual es correcto en principio pero no se corresponde siempre con los datos tomados en cuenta, pues se estudian prácticamente todos los adjetivos atributivos presentes en Safo y Alceo, no exclusivamente los de tipo ornamental ni los que proceden de sintagmas o fórmulas tradicionales. Por ejemplo, ¿por qué es epíteto ἄσινης en Sapph.148, o ἄριστον en Alc. 335? Y, de modo contrario, ¿por qué se han visto excluidos del estudio nexos como χέλυ δία en Sapph. 118, ἀφάντοις ... θυέλλαις en Alc. 298, o el problemático χόρδαισι ... ὀλιβ. δόκοισ<ι> de Alc.303A? Aunque sean propiamente formaciones nominales, ¿no habría que haber tomado en cuenta ξε.ναπάταις y παμβασίλευς en Alc. 283 y 308? ¿No es relevante que Ibico y Píndaro utilicen el primero, y quizá Estesícoro (S 14.1) el segundo? ¿Por qué se tienen en cuenta algunos adjetivos en función predicativa como χρυσοπάσταν (Alc. 329) pero no ζάδηλον (Alc. 208.7) y otros varios? ¿Por qué se incluyen algunas glosas y otras no? En el estudio lingüístico hay, por lo demás, desequilibrios entre el espacio dedicado a unos términos y a otros. A menudo la autora se extiende en análisis lingüísticos y etimológicos de términos generales del griego, mientras que pasa rápidamente sobre palabras y formas exclusivas de los lesbios que son dignas de atención. Igualmente unas veces se comentan por extenso los substantivos a que se refieren los epítetos – ver por ejemplo sobre φίλων (p. 167) – pero la mayoría de las veces no, incluso tratándose de términos interesantes. Hay interpretaciones discutibles, que no puedo detenerme a analizar, y errores tan llamativos como ἀλώπαξ por ἀλώπα ο ' Ἀλένα por 'Ελένα en el índice.

A pesar de sus indudables méritos en el campo lingüístico, lo que realmente presenta el libro es un comentario literario-estilístico de los sintagmas adjetivales utilizados por Safo y Alceo, comparándolos con los usos en la literatura anterior y contemporánea, y tomando como punto básico de referencia el omnipresente modelo homérico. En ello se acerca a los estudios de Kazik-Zawadzka o Romè, aunque tomando en consideración el conjunto del material de modo sistemático. La obra es básicamente descriptiva: va enumerando, fragmento por fragmento según el orden de Voigt, los sucesivos epítetos empleados y sus paralelos épicos y líricos antiguos.

El principal problema es que falta una verdadera interpretación de los datos que esté basada en unos planteamientos teóricos sólidos, lo cual nos proporciona un material abundante y de interés, pero que sólo será útil cuando sea objeto de una interpretación convincente. Lo cual se aprecia sobre todo en lo que la autora considera el mayor mérito de su estudio, y que es haberle permitido organizar los epítetos y sintagmas adjetivales de los poetas lesbios en una serie de categorías según su mayor o menor dependencia de la literatura anterior, es decir, según su carácter tradicional o no. En esta clasificación (pp. 253-303), que en sí misma comporta toda la interpretación que se deduce del análisis previo, reside al parecer la mayor originalidad de este trabajo con respecto a los de Treu (1955), Romè (1965) o Kazik-Zawadzka (1958). Sin embargo, en ningún lugar del libro se explican de forma clara los criterios segui-

dos para dicha interpretación, y de hecho la clasificación es más que discutible en su estructuración general y en multitud de casos concretos, que es imposible detallar aquí.

Como punto de partida considero un error la unión de Homero, los *Himnos* y Hesíodo como una misma cosa en la comparación. Es precisamente en las diferencias de tradición que reflejan los tres materiales, y en especial Homero y Hesíodo, donde está uno de los puntos más interesantes de la comparación con los otros géneros arcaicos. Por poner un solo ejemplo, incluir casos como *χαλέπαν ... μερίμναν* (Sapph. 1.26), sintagma presente sólo en Hesíodo (*Op.* 178 *χαλεπὰς ... μερίμνας*) y Estesícoro (*PLille* 76Ai.201 = *Fr.* 222b Davies *χαλεπὰς ... μερίμνας*), dato que se omite, con las fórmulas homéricas literales es desprestigiar una de las vías más interesantes de investigación que ofrece el material lesbio. Lo mismo sucede por ejemplo con *εὐστρωτον [λ]έχος* (Alc. 283.8), sintagma recurrente en *h.Cer.* 285 y 157, a los que habría que añadir, siempre al margen de Homero, Hes. *Th.* 798 *στρώτοις ἐν λεχέσιν* y *Alcmaeonis* 2.1 Bernabé *χμαιστρώτου ... στιβάδος*. Igual problema plantea la consideración indiferenciada de los paralelos procedentes de los distintos géneros líricos.

Por otro lado vemos que los criterios varían de un caso a otro. Por ejemplo, el apartado B «Auf Homer (und Hesiod) zurückführbare Epitheta und adjektivische Wortverbindungen» agrupa una serie de términos y sintagmas que, sin estar documentados propiamente en Homero, se pueden explicar sobre modelos épicos, como por ejemplo *πολυστέφανος* (se omite que Tirteo y la Copa de Néstor emplean *καλλιστέφανος*), *ποικιλόθρονος*, *μελίφωνος*, *κροκόεις*. Pero, ¿por qué es más importante, por ejemplo para *παλίκοτος*, la existencia de modelos homéricos como *ζάκοτος* o diversos compuestos en *παλιν-* que el propio uso de *παλίκοτος* por Arquíloco, ya antes de Safo? ¿O es que debemos aceptar sin discusión que Arquíloco formó el compuesto sobre modelos homéricos y Safo lo tomó de él? Por otro lado, uno no consigue apreciar por qué algunos epítetos, que tienen modelos épicos comparables, y se documentan en Safo o Alceo también por primera vez (como *δολόπλοκος*, *ιμερόφωνος*, *ποικιλόφρων*, etc.), están entre las «Neubildungen» (C3), y la solución no parece estar en el nexos adjetival en que aparecen, es decir, en el sustantivo con que coordinan, puesto que en B no siempre se tiene éste en cuenta.

En realidad es imposible saber qué quiere expresar la autora con el término «Neubildungen», a pesar de sus explicaciones en p. 308. Si se utilizase de forma amplia, indicando que son términos documentados por primera vez, habría que incluir en este apartado muchos de los términos que aparecen en los demás. Por lo tanto se deduce que la autora considera estas nuevas formaciones como responsabilidad exclusiva de Safo o Alceo. Lo cual puede ser verdad en algunos casos – que en general podrían estar también en B, puesto que ambos apartados no son en absoluto exclusivos, ya que se basan en criterios no equivalentes ni sustitutivos – pero en otros es más que dudoso que se trate de creaciones realmente «nuevas», por ejemplo en términos abundantemente empleados por los distintos géneros líricos como *ιόπλοκος*. ¿Hay que creer que la lírica coral, que lo utiliza tan profusamente, lo tomó directamente de Alceo? ¿Qué hace en este apartado – y al mismo tiempo en B – el compuesto *χρυσόπαστος*, que tiene todo el aspecto de ser un término técnico, como demuestra su uso por Heródoto, y por qué *χρυσόδετος* se considera formado sobre Hom. *μελάνδετος* – y por esto se incluye en B – cuando es sin duda otro término técnico, como demuestra ya mic. *ka-ko-de-to* y otros múltiples compuestos en *-δετος*?



Entre estas «Neubildungen» hay también adjetivos con abundantes testimonios en lírica (δολόπλοκος, ἀδυμέλης, μαινόλαις), lo que podría hacer dudar de su carácter «nuevo» y abrir otras interesantes posibilidades. Otros epítetos aparecen igualmente entre las nuevas formaciones cuando ya están en Homero (ἀπάλαμιος, βράδιος, ἕμερος, μέλλιχος), es de suponer que por la novedad en los substantivos a que van referidos con respecto a los usos homéricos ¿Cuál es entonces la nueva formación, el epíteto o el nexos? Pero considerar por ejemplo que μέλος ἄγνον (p. 257) está más cerca de Hom. ἐορτή ... ἀγνή que ὄρπακι βραδίνω (p. 272) de Hom. ῥαδινὴν ἱμάσθλην es subjetivo y muy discutible.

Por su parte el apartado C1 «Alte Tradition» dentro de los «Nicht auf Homer (und Hesiod) zurückbare Epitheta und Adjektivische Wortverbindungen», agrupa cosas muy distintas, no todas ellas claras y que en cualquier caso procederían de más de una tradición antigua, cosa que convendría matizar. Por un lado presenta nexos adjetivales – fórmulas – que pueden ser herencia más antigua que Homero o Hesíodo aunque aparezcan en ellos (como el famoso κλέος ἄφθιτον); también epítetos de dioses que, en mi opinión sin argumentos suficientes, se consideran culturales y por tanto tradicionales, como εὐλύραις o φαίνολις; además un nexos (ὑπαθύμιδας πλέκταις) que por el hecho de aparecer tanto en Safo como en Alceo es considerado más antiguo, y el epíteto πολυάνθεμος, sin nexos, puesto que en Alceo no podemos saber a qué iba referido. Finalmente también ἄβρος, adjetivo típicamente lírico que sin embargo utiliza repetidas veces Hesíodo, aparece en este apartado porque la autora cree posible que proceda de un préstamo minorasiático. \*Ἄβρος efectivamente parece antiguo en su uso literario, pero no por su etimología sino por las mismas razones que lo parece ἐρόεις, y que son su carácter exclusivamente poético y sus múltiples testimonios en la épica no homérica y en la lírica posterior.

Respecto al apartado C2 «Wörter des Alltags und der Umgangssprache», incluye muchos términos cuyo carácter cotidiano o coloquial merecería una detenidísima discusión. Varios de ellos son poéticos, como μόλθακος, que en la forma no lesbica μαλθακός está ya en Homero y en otros líricos. Pero en especial muchos, no siendo poéticos, tampoco son coloquiales ni cotidianos, sino propios de una lengua literaria de tipo intelectual o culto, más propia de la prosa, que se va abriendo camino poco a poco a medida que avanzan el pensamiento y la política. Unidos a este avance, se desarrollan una lengua y un léxico propios, favorecidos por los fértiles recursos del griego, que culminan en la prosa y la tragedia del siglo V. Las reflexiones de los líricos, tan alejadas ya del pensamiento, la moral o las instituciones reflejados en la épica, precisan vehículos léxicos distintos que, o bien se adaptan a partir de lo anterior, o bien se crean, pero es más que arriesgado atribuir tal o cual creación a un poeta concreto.

Por otro lado varios de estos epítetos y nexos adjetivales aparecen en más de un apartado, sin que sepamos siempre por qué, y hay otras arbitrariedades, como en ocasiones «pasar» la comparación al substantivo (así en el caso de ἀμάρυγμα, p. 264, ἀμαχανία p. 297, o en la más llamativa inclusión del substantivo πλίνθος en p. 296) A veces la autora toma en cuenta los testimonios de los líricos antiguos, y otras veces los desprecia, no se sabe por qué, cuando aportan datos interesantes (por ejemplo ya Tirteo utiliza κροκόεις, o Estesícoro -- en S 199.2, de Ibico según Page -- δολοπλόκος), etc.

En general falta una clara conciencia de lo que es léxico poético y lo que es léxico común, es decir, de lo que son los distintos niveles de lengua y literarios, cuyo manejo es im-

prescindible en cualquier estudio de este tipo, más sobre autores de lírica arcaica. Falta también en la comparación la atención a los aspectos métricos, en ocasiones importantes, como por ejemplo en las fórmulas «homéricas» de Sapph.44. Pero sobre todo, al mantenerse la autora al margen de vías de investigación muy avanzadas, permanece en campos ya muy trabajados anteriormente. Así, se limita a separar lo épico de la tradición lírica posterior, y a ofrecer como conclusión principal que «es evidente el influjo de la lengua poética homérica sobre los líricos lesbios» (p. 309), lo cual ya estaba demostrado muchos años antes. Por el contrario, renuncia a profundizar en las tradiciones poéticas utilizadas por Safo y Alceo al margen de la homérica. De lo único similar que se nos habla es de las escasas fórmulas de origen indoeuropeo (p. 306), pero el resto del material en ningún caso es interpretado como reflejo de una tradición que no sea la homérica cuando, como he dicho al comienzo, hoy en día hay base suficiente, si no para realizar afirmaciones tajantes, si para sugerir la presencia de otras líneas poéticas (épicas, líricas o épico-líricas), procedentes de ámbitos geográficos distintos al jonio, que parece estar en la base del dialecto homérico.

Todo ello se explica como digo por no utilizar una bibliografía que arranca de Hoekstra (*Mnemosyne* 10, 1957, p. 193 y ss.), sigue con Notopoulos (*Hesperia* 29, 1960, p. 177 y ss.), Edwards (*The language of Hesiod in its traditional context*, Oxford, 1971), y de la cual la autora sólo ha manejado el conocido libro de Pavese. Circunscritos al ámbito más propiamente lesbio, ignora los trabajos de Hiersche (*Glotta* 44, 1966, p. 1 y ss.), Hoekstra (*Epic verse before Homer. Three studies*, Amsterdam, 1981) y Ferrari (*ASNP* 16, 1986, p. 441 y ss.), pero conoce los de Nagy, Hooker y Bowie, aunque no parece haberlos tenido mínimamente en cuenta. En el ámbito del léxico de los lesbios se echa en falta al menos la mención de Gerstenhauer (*De Alcae et Sapphonis copia vocabulorum*, Halle 1894) y Mastrelli (*La lingua di Alceo*, Florencia 1954). En cuanto a la comparación de la lengua de la lírica con el micénico, incluye a Trümpy pero ignora por ejemplo los trabajos de Grinbaum, Gallavotti y Quattordio-Moreschini sobre el tema.

En conexión con estas lagunas me parece obligado mencionar lo más criticable de la bibliografía manejada, y que es la práctica ausencia de nombres que no sean germánicos o anglosajones. En concreto me refiero a los autores italianos, que desde hace años son los que más a fondo trabajan en lírica, en sus aspectos generales y sobre todo en los de crítica textual e intertextualidad, dos campos nada desdeñables *a priori* para este estudio. Aparte de los trabajos mencionados de Romè y Pavese, encontramos en la bibliografía escasísimas excepciones, como un artículo de Privitera, otro de di Benedetto, un libro de Vogliano del año 1952 y – por supuesto – los conocidos *Studi di poesia eolica* de Marzullo, libro que marcó uno de los jalones principales en el estudio de la lengua y la poesía lesbia, aunque no es mencionado en la introducción.

Lo cual da lugar, también, a errores. Por ejemplo, en Alc. 130b.10 el texto editado ofrece, sin corregir, el texto de Voigt con la forma  $\lambda\upsilon\kappa\alpha\iota\mu\acute{\iota}\alpha\varsigma$ . Aunque en nota se explica que la lectura correcta es  $\lambda\upsilon\kappa\alpha\iota\chi\mu\acute{\iota}\alpha\varsigma$  (en mi opinión  $\acute{\alpha}\lambda\upsilon\kappa\alpha\iota\chi\mu\acute{\iota}\alpha\varsigma$ , con claros modelos épicos), como sabemos desde la publicación del *P.Oxy.*3711, este adjetivo queda automáticamente excluido del estudio porque la autora – aquí sí siguiendo un artículo referido a un fragmento aislado – sigue la interpretación de Lefkowitz y Lloyd Jones como dativo plural de un sustantivo abstracto  $\lambda\upsilon\kappa\alpha\iota\chi\mu\acute{\iota}\alpha$ , cuando el resto de la crítica, siguiendo una línea que parte de Hesiquio, con-

sidera de forma unánime que es un adjetivo en función predicativa.

Terminamos lamentando el tiempo y el esfuerzo que se adivinan detrás de este libro, empleados en un trabajo mal planteado desde sus inicios. Estos defectos de base reducen su enorme potencial de interés, difuminan sus indudables aportaciones y lo convierten más en un repertorio de *loci similes* -- útil en otro sentido -- que en un verdadero estudio.

HELENA RODRÍGUEZ SOMOLINOS

SOUBIRAN, JEAN – *Prosodie et métrique du Miles Gloriosus de Plaute. Introduction et commentaire*. Lovaina-París, Peeters, 1995. XI+311 pp.

Como magnífico complemento de su magistral *Essai sur la versification dramatique des romains* de hace unos años (1988), ofrece aquí el Profesor Soubiran, al término de su carrera universitaria, otro valioso regalo no ya a los metricólogos, sino a los latinistas en general; un trabajo tan paciente y detallado como otros suyos anteriores y que, también como esos otros antecesores, se constituye desde el momento de su aparición en punto obligado de referencia para cualquier estudioso de la métrica latina, de la lengua y de la obra literaria de Plauto y, por supuesto, para cualquiera que en adelante se plantee una labor de crítica textual sobre el *Miles*.

Muchos años de escansiones, de lecturas, de reflexión hay encerrados en estas páginas, que, como el mismo autor indica, se plantean como «una ilustración, sobre el terreno, del libro de doctrina que le precede».

Abarcaba aquel libro, dedicado por completo al senario yámbico y al septenario trocaico, toda la producción dramática latina. Ahora, en cambio, se centra Soubiran en Plauto (él lo prefiere a Terencio; Séneca presenta ya otra prosodia y otra métrica) como la expresión viva del estadio más antiguo de dicha versificación dramática. Y dentro de Plauto ha escogido el *Miles*, además de por su calidad literaria, por su coherencia y unidad métricas: no presenta *mutatis modis cantica* (un material con una problemática aparte, dada nuestra casi total ignorancia del componente musical) y se articula enteramente a base de cuatro formas métricas (el senario yámbico y los septenarios trocaico, yámbico y anapéstico) bastante análogas entre sí.

Aparte la introducción y la bibliografía, organiza Soubiran la obra en dos partes, la primera constituida por una especie de síntesis, en la que se ordena y sistematiza la enorme variedad de hechos que surgen del análisis verso a verso de la obra, tal como queda expuesto en la segunda parte.

La primera parte, «Introducción a la prosodia y a la métrica de Plauto» (pp. 1-74), es, pues, un compendio que abarca incluso aspectos que quedaban fuera de las cuatro grandes secciones que componían el anterior *Essai*. Consta de los siguientes apartados: A. «Prosodia» (grupos consonánticos interiores, sigmatismo, consonantes finales, vocales finales, problemas de morfología, sinizesis, abreviación yámbica, abreviación por enclisis, encuentros entre vocales: elisión, aféresis, hiato); B. «Métrica» (en cada una de las cuatro formas se estudian el esquema métrico y las cesuras o diéresis); C. «Métrica verbal» (de los versos anapésticos, por

un lado, y de los yambo-trocaicos, por otro); *D.* «Cesura y diéresis» (estudio de las peculiaridades de estos cortes métricos en las distintas formas: elisión e hiato, palabra precedente y siguiente, posibilidad de indiferencia silábica en el elemento anterior).

Todo esto, en cuanto que síntesis del análisis efectuado sobre el *Miles*, va referido, por supuesto, a esta comedia; pero su utilidad y valor trasciende, ¿qué duda cabe?, a toda la obra plautina.

La segunda parte, «Comentario prosódico y métrico del *Miles gloriosus*» (pp. 75-303) es un análisis, verso tras verso, de los 1.437 de la obra, más los de los dos *Argumenta*. Aquí se van estudiando en cada caso, por supuesto, los distintos aspectos prosódicos y métricos del verso en cuestión y además aquellos problemas de crítica textual en los que dichas cuestiones se hallan implicadas; es decir, se estudia la prosodia y métrica no sólo del texto propuesto (se toma como base el de Ernout, pero sin perder de vista las ediciones críticas más autorizadas: Ritschl-Goetz, Leo, Lindsay) sino también del aparato crítico.

El resultado es que para cada uno de los versos del *Miles* puede encontrar el lector la interpretación que hace Soubiran de sus peculiaridades prosódicas y métricas (para facilitar la comprensión y dar una visión sistemática de cada problema se hacen referencias a los apartados de la primera parte) y de las soluciones adoptadas hasta ahora por los estudiosos y editores de Plauto cuando la tradición manuscrita era problemática.

Bien venida sea, por tanto, esta importante contribución al conocimiento del *Miles gloriosus*, de la lengua y métrica de Plauto y, en general, de la lengua, la métrica y la versificación latinas. Muchas gracias, Profesor Soubiran, por las horas, por los años de su vida consagrados a abrirnos camino en tal difícil terreno.

J. LUQUE MORENO

MELLET, S.- JOFFRE, M.D. - SERBAT, G. – *Grammaire fondamentale du Latin. Le signifié du verbe*. Lovaina-Paris, Peeters, 1994, 474pp.

Tenemos en nuestras manos un libro representativo de una de las grandes escuelas de lingüística latina actuales, cuyas bases metodológicas, como queda patente en la introducción, siguen sustentándose en el estructuralismo y el funcionalismo francés. El libro, escrito por tres eminentes profesores no necesitados de presentación, y que firman por separado cada una de sus contribuciones, supone un completo recorrido por los distintos aspectos del verbo latino desde el enfoque propio de una gramática de las que entendemos como tradicionales, es decir, basado en las marcas formales que definen las categorías verbales. De este hecho se da buena cuenta en los fundamentos metodológicos del comienzo del libro, pues las categorías verbales, en opinión de los autores, pueden mantenerse y volver a ser pertinentes si se renuncia a definir las en términos nocionales (como son, por ejemplo, aquellos que hacen dudar de la adscripción de una determinada forma verbal a la categoría de tiempo o modo – es el caso del condicional francés –, o bien a la de tiempo o aspecto – como ocurre con el «passé composé» –) y si, por el contrario, se intenta comprender a qué tipo de operaciones específicas de la actividad discursiva se corresponden (p.10). Esta intencionada consideración de las categorías

formales da, pues, lugar a la organización del libro, que dedica su primera parte a los tiempos del indicativo, la segunda al subjuntivo, la tercera al imperativo, la cuarta a las formas nominales del verbo, la quinta a los auxiliares, y la sexta a la voz.

Dentro de un margen cronológico amplio que va desde la República hasta el Alto Imperio, el periodo que engloba lo que podemos considerar como el latín clásico (con oportunos epígrafes al final de cada capítulo que apuntan interesantes resultados diacrónicos de las formas verbales estudiadas en latín tardío), los datos latinos se han analizado de acuerdo con estos dos principios metodológicos fundamentales:

-La consideración del valor referencial de un enunciado y de los diversos elementos que lo constituyen como un valor que se va haciendo, en la idea de que si bien se parte de un sistema, éste es un sistema abierto y dinámico.

-En relación con el principio anterior, se presta una gran atención a los textos latinos. Como los mismos autores reconocen, si el análisis estructural del signo lingüístico en significado y significado tiene todavía algún sentido, es pertinente atribuir a cada marca una parte de ese significado invariable, dentro de un análisis unitario de tales marcas.

Se trata, en definitiva, de una realización empírica del propio análisis estructural, en la más pura tradición del funcionalismo francés. Esto se traduce, en la práctica, en la presentación de textos latinos lo suficientemente amplios que permitan considerar el contexto en el que la forma verbal se inserta, para que podamos apreciar de qué manera esos valores contextuales contribuyen así a la comprensión del sistema de la lengua.

Aunque no podemos dar cuenta ni siquiera sucintamente de la variedad de contenidos de este libro, en buena manera síntesis y actualización de conocidos estudios precedentes de los propios autores, sí podemos invitar, cuanto menos, a su lectura llamando la atención sobre la manera de enfocar las exposiciones y los epígrafes, muchos de ellos planteados llamativamente en forma de pregunta (así, por ejemplo, «Le verbe Latin au présent de l'indicatif a-t-il un signifié aspectuel?», «Qu'est-ce donc qu'un verbe latin au présent de l'indicatif?», «Qu'est-ce que l'actuel?», pp.46-49). De esta forma, se refleja el carácter de eternas cuestiones abiertas de la sintaxis latina que tienen tales asuntos, lo que confiere al libro viveza y didactismo notables. El libro retoma, por ejemplo, en su capítulo dedicado al presente de indicativo, la sugerente cuestión de su significado aspectual. El mismo asunto también se aborda al tratar del perfecto (p. 82), capítulo que tanto nos trae al recuerdo trabajos precedentes de Serbat, tales como «Les temps du verbe en Latin» (*REL* 53, 1975, pp. 367-405 y *REL* 54, 1976, pp. 308-352) y que cualquiera que se haya acercado al sugerente tema del tiempo y el aspecto en latín tiene ya necesariamente en su memoria. También dentro de los tiempos del indicativo, Mellet plantea cuestiones concernientes a las realizaciones modales del imperfecto, y en el apartado dedicado al perfecto, elaborado por Mellet y Joffre, se presta una especial atención al valor aspectual de la perífrasis del tipo *amatus est*. El análisis del pluscuamperfecto, el futuro de *infectum* y de *perfectum*, a cargo de Mellet, vuelve a plantear nuevas cuestiones en torno a los valores aspectuales y modales, además de un oportuno análisis de las formas perifrásticas. Los tiempos de subjuntivo, a cargo de Mellet, se analizan de acuerdo con la tradicional repartición de los empleos como modo independiente y en subordinación, y la misma autora, ahora dedicada al imperativo, hace una clara exposición sobre el lugar de éste

dentro del enunciado, su uso para la expresión de orden o defensa en la frase compleja, así como de sus realizaciones pragmáticas. El análisis de las formas nominales del verbo viene de la mano de Mellet y Joffre. Esta última, por cierto, ya nos ha brindado varios trabajos previos acerca de las formas en *-tus*. Muy sugerente resulta el capítulo dedicado a los auxiliares latinos, donde se apuntan los criterios de análisis, y luego se estudian casos representativos de la expresión del aspecto y la modalidad mediante auxiliares, para terminar con la expresión del tiempo y la voz. Y la voz, con la que acaba el capítulo anterior, es ahora el asunto del capítulo que redacta Joffre, quien ha preparado, asimismo, una monografía sobre la voz y la diátesis para la misma colección del libro que reseñamos, aparecida en 1995. Sólo quiero destacar de este capítulo que parte de la discutida división en pasiva intrínseca y pasiva extrínseca, y que se cierra con unas interesantes notas sobre diacronía acerca de la expresión de la pasiva mediante formas pronominales.

Una bibliografía general, que completa las parciales de cada capítulo, un *Index rerum* y un índice de materias cierran el volumen. Se trata, en definitiva, de un libro necesario para dar cuenta del estado de la cuestión de muchos aspectos de la sintaxis latina desde el punto de vista de esta escuela ligada a París, sugerente al igual que otras monografías más o menos recientes, como la *Sintaxis* de Touratier, o la *Sintaxis y Semántica* de Pinkster, de la que ahora disfrutamos en una magnífica versión española de Esperanza Torrego y Jesús de la Villa. Ahora bien, la novedad y el carácter necesario de estas monografías, que dan cuenta cada cierto tiempo del estado de la cuestión de una disciplina pujante como es la lingüística latina, sigue conjugándose necesariamente con los trabajos ya clásicos. Así lo vemos dentro de este mismo libro en el obligado envío al lector a la exhaustividad de las clásicas gramáticas alemanas de Szantyr y Kühner-Stegmann (p. 9), y así nos lo recuerda, asimismo, en este significativo pasaje Gualtierio Calboli, con quien terminamos esta reseña: «L'unico modo di studiare seriamente e costruttivamente la grammatica latina è oggi quello di valutare con grande diligenza tutte le opinioni presentate e costruire su di esse soluzioni in parte nuove. Infatti si tratta di un campo di studio dove, dopo le grandi sintesi dell'ottocento e dei primi decenni del nostro secolo (Brugmann-Delbrück, Kühner-Stegmann, Neue-Wagener, Sommer, Stolz-Schmalz, rielaborato in Leumann-Hofmann-Szantyr), la materia di indagine non può essere innovata o lo può essere in modo molto ridotto con qualche nuova scoperta per lo più in campo indogermanistico». (G. Calboli, «Problemi di grammatica latina», *ANRW* II, 91, 1983, pp.3-4).

FRANCISCO GARCÍA JURADO

LARA, DOLORES — *Iniciación a la lexicografía griega*. Madrid, Ediciones Clásicas, 1997. XII+126 pp.

Veinte años después de la *Introducción a la lexicografía griega* de Rodríguez Adrados, Gangutia Elicegui, López Facal y Serrano Aybar (Madrid, CSIC, 1977), ve la luz pública esta *Iniciación*, cuyo título es veracísimo, pues su autora, sabiendo muy bien que la Lexicografía

es casi puro menester, ha querido darle a este libro un enfoque riguroso y rabiosamente técnico y práctico. De ahí que dedique a la historia y los aspectos teóricos de este quehacer sólo treinta y cuatro páginas, repletas de ejemplos y referencias bibliográficas. De ahí también que la segunda parte del libro sea un auténtico breviario técnico de cuarenta y una páginas, seguido de veintitrés apéndices que componen un completísimo catálogo de la gama de productos de la labor lexicográfica, incluyendo dos muestras procedentes de los ficheros de materiales del *Diccionario Griego Español*, que, como los demás ejemplos presentados en reproducción facsimilar, van acompañados de comentarios tan atinados como escuetos.

Ciertamente, los helenistas principiantes que vayan a dedicarse a la Lexicografía encontrarán en este libro todo lo que pueden necesitar para dar sus primeros pasos por un camino que no suele recorrerse en solitario y sin tutores. Los que se acerquen a la materia con otro propósito, en cambio, probablemente tendrán que esforzarse algo más de lo que quisieran para poder apreciar debidamente la descripción, formulada con brevedad verdaderamente lexicográfica, que de este quehacer científico hace con cruda claridad Dolores Lara.

Por otra parte, puede parecer a primera vista sorprendente que no se diga ni una sola palabra acerca de la mecanización de las labores lexicográficas en un prontuario técnico publicado en 1997. Puesto que su autora pertenece al equipo redactor del primer diccionario de la lengua griega que se elabora con ayuda de los ordenadores, es obvio que la omisión no se debe achacar a desconocimiento, o a desprecio, de las nuevas tecnologías, sino a la voluntad de separar claramente lo técnico de lo tecnológico, poniendo de relieve el hecho de que en Lexicografía, sea griega o de otra lengua, no valen, ni valdrán nunca, los «sistemas expertos» y la «inteligencia artificial», porque la tarea de componer diccionarios y léxicos ha de hacerse padeciendo las arideces y penalidades que Dolores Lara, especialista en el léxico médico, expone con precisión y concisión realmente clínicas.

LOIS C. PÉREZ CASTRO

*Onomasticon Senecanum*, dir. por C. CASTILLO, redactado por C. ALONSO DEL REAL, J. M. BAÑALES, C. CASTILLO, R. MARTÍNEZ. Pamplona, 1995, 236 pp.

De la obra en prosa de Séneca existen hasta la fecha múltiples concordancias y estadísticas léxicas, entre otras, las llevadas a cabo por L. Delatte y su equipo (*Lucius Annaeus Seneca Opera Philosophica: Index Verborum*, ed. L. Delatte - E. Evrard - S. Govaerts - J. Denooz, vol. I-II, Hildesheim-New York, 1981, y la serie correspondiente a *Travaux Publiés par le Laboratoire D'Analyse Statistique des Langues Anciennes* de la Universidad de Lieja) y por P. Grimal (*L. Annaei Senecae: Operum Moraliū Concordantia*, Paris, 1965 ss.). Sin embargo, no existía hasta el momento un *onomasticon* dedicado única y exclusivamente a los antropónimos de la obra en prosa de Séneca, muy numerosos y no siempre de fácil identificación.

Esta obra, llevada a cabo por un equipo dirigido por la Dra. C. Castillo en el Departamen-

to de Filología Clásica de la Universidad de Navarra, viene a llenar un vacío en este ámbito y, sin duda, resultará de gran utilidad a los estudiosos de la obra de Séneca, porque no sólo recoge los nombres propios, sino que además proporciona importantes informaciones adicionales sobre ellos, como son la identificación del personaje según las fuentes clásicas y la referencia directa a las obras de consulta utilizadas.

Los antropónimos están clasificados en seis secciones. En la tres primeras encontramos nombres de interés histórico, distinguiendo los romanos (que a su vez se subdividen en dos grupos: nombres de época republicana, hasta el año 27 a. de C., y nombres de época imperial) y los no romanos (*exterae gentes*). En las tres últimas se incluyen los nombres de interés literario, con todos los *scriptores* citados (griegos y romanos) y nombres mitológicos (*mythologica et ficta nomina*). En último lugar hay dos índices, uno de nombres y otro prosopográfico.

Cada uno de los lemas contiene, junto al nombre propio en cuestión, informaciones referentes a tres aspectos: la identificación, expresada muy concisamente, con indicación cronológica; las fuentes literarias que se han utilizado en esta identificación, y la referencia a la obra y pasaje de la obra de Séneca en la que aparece el antropónimo.

Todos estos datos y referencias, que son producto de un minucioso y riguroso trabajo de erudición, hacen de esta obra un instrumento de trabajo muy estimable para el estudio del ámbito histórico y literario en el que Séneca compuso sus escritos. En efecto, este *onomasticon* será sin duda de gran utilidad para el estudio de la obra en prosa de Séneca, pues, desde el punto de vista histórico, la identificación de los antropónimos presentes en la obra de este autor, supone una gran ventaja para el conocimiento del medio político, social y cultural en el que compuso su obra.

JOSÉ MANUEL CAÑAS REILLO

### III – LITERATURA, FILOSOFÍA Y RELIGIÓN.

CONTE, G. B. – *Latin Literature: A History*. Translated by JOSEPH B. SOLODOW; revised by DON FOWLER and GLENN W. MOST. Baltimore, The John Hopkins University Press, 1994. 827 pp.

El mayor elogio que podríamos hacer sobre esta historia de la literatura latina es que está dedicada a una audiencia muy amplia, sea o no experta en la materia. Su lectura resulta un placer y, además, ofrece datos concretos, sin presuponer el conocimiento de éstos. De este estudio podemos aprender que la obra literaria adquiere valor cuando se relaciona con las demás y que los géneros, definidos por una tradición, innovación y personalidad artística, se hallan en función del texto y de los lectores a quienes éste se dirige.

EMERITA. Revista de Lingüística y Filología Clásica (EM) – LXV 2, 1997, pp. 321-378



Resulta muy agradable y novedoso encontrar una historia de la literatura en la que no sólo se tratan los autores más leídos, sino todos por igual, conformes, asimismo, a una periodización que distingue la vida de sus obras, y concede especial relevancia a su éxito literario e influencia en la tradición posterior.

El libro, dominado por la idea de que todo texto literario ha de entenderse en su contexto histórico, se estructura en cinco grandes partes: la primera (República temprana y media) abarca desde los inicios de la literatura latina hasta los tiempos de Sila; la segunda (República tardía), desde César hasta Salustio; la tercera (era de Augusto), desde Virgilio hasta la literatura jurídica en los albores del Imperio; la cuarta (Imperio temprano), desde Séneca hasta los *poetae nouelli*, y la quinta (Imperio tardío), desde la época de los Severos hasta la Edad Media (s. VII).

Aparte del índice de autores, una valiosa información nos ofrecen los apéndices finales: las tablas cronológicas de autores, obras y acontecimientos históricos (hasta la coronación de Carlomagno), el listado de autores y textos griegos, una primera serie de términos romanos políticos, sociales e ideológicos, y otra segunda, de terminología retórica, métrica y literaria.

Este manual analiza los precedentes literarios y sus relaciones, presentando un esquema cómodo al igual que organizado, con títulos que resumen, de modo muy acertado, el contenido de cada párrafo.

Por otro lado, el estilo narrativo del autor resulta lógico y de un razonamiento gradual, por lo que nos hallamos ante una lectura didáctica y entretenida; en cada sección, del contexto histórico, social y político se llega al plano literario, con su tradición de género, así como a un análisis especial de la influencia en la literatura posterior. Finalmente, se presenta una bibliografía actualizada de ediciones y estudios críticos.

No se trata, pues, de un simple manual, confuso y carente de datos reales e históricos, sino de un libro sobre Roma y su literatura (pagana y cristiana), una historia completa en la que el autor se revela como intérprete y crítico literario.

Examinando todos los géneros, procesos de imitación, alusión y el contexto en su sentido más amplio, Conte insiste en la importancia de la creación artística dentro de su momento histórico, social, intelectual y político, y en la creación individual como un proceso que relaciona al poeta con sus predecesores y con la asimilación de elementos de una tradición literaria previa.

M<sup>a</sup> ÁNGELES RODRÍGUEZ MADRIGAL.

SWANN, BRUCE W. – *Martial's Catullus. The Reception of an Epigrammatic Rival*. Hildesheim-Zürich-Nueva York, Georg Olms, 1994.

Partiendo de estudios anteriores que ya veían en Catulo al autor epigramático que Marcial imitó reconociendo en él al precursor de una común tradición epigramática en la que el poeta de Bilibis se inserta, el autor del presente estudio pretende apuntalar esta idea apoyándose no sólo en el contraste de la obra de estos dos poetas, sino también en la recepción posterior que,

salvo la época romántica del siglo XIX, consideró siempre a Catulo y Marcial, junto a la Antología Griega, los máximos exponentes del género epigramático.

El libro consta de siete capítulos precedidos de una Introducción en la que el autor se hace cuestión de la bibliografía que considera a Catulo un poeta romántico en detrimento de su faceta de epigramático y establece el punto de partida o la hipótesis de los capítulos siguientes: la consideración expresada por N. M. Kay (en parecidos términos a los empleados por Friedländer, Citroni, Paukstadt o Howell) de que «Catulo es imitado y aludido frecuentemente por Marcial, quien reconoce a éste como precursor y mentor, particularmente, en el uso de la obscenidad no de forma eufemística», dentro también de una general tradición epigramática (p. 8). Asimismo, en esta Introducción se adelantan ideas que luego serán tratadas en el capítulo VII (como es el hecho de que sólo en el siglo XIX Catulo es visto como un poeta lírico a la manera de los poetas románticos, para quienes, como para el veronés, el exceso amoroso lo lleva a su propia perdición) y, de igual manera, el autor da paso al grueso del estudio planteándose si Marcial, y en época de Marcial, Catulo era visto de esa misma manera.

En el capítulo I («Martial and Catullus in Rome», pp. 10-31) analiza los puntos de encuentro y las discrepancias entre las experiencias vitales de ambos poetas en la Roma de sus respectivas épocas (situación política, cultura, su posición como «forasteros» frente a la urbe, etc.), resaltando los cambios de toda índole operados en Roma en tiempos de Marcial con respecto a los de Catulo (culturales, religiosos, urbanísticos y políticos). En resumidas cuentas, en palabras del autor, los puntos de semejanza en la postura de los dos poetas ante situaciones similares de la vida romana de sus épocas llevan a considerar que «las diferencias entre los dos pueden atribuirse a la vida social y política de la ciudad y sociedad en que vivieron» (p. 31), pero no a que escribieran desde puntos de vista y géneros dispares entre sí.

La coincidencia en estos aspectos es mayor si se repara, como Swann hace en el capítulo II («Martial's Catullus», pp. 32-81), en todas las referencias que Marcial hace de Catulo en su obra para poder determinar, según la hipótesis inicial, si el veronés es modelo epigramático para Marcial. El recorrido por estas concomitancias lo hace el autor desde dos ópticas: por un lado, estudia las ocasiones en que Marcial menciona a Catulo y/o su obra como si se tratara de un predecesor en el género y, por otro, hace un repaso de los préstamos que el poeta de Babilis toma de Catulo en vocabulario, temas y estructura, comparándolos con los tomados de otros autores como Virgilio y Ovidio (sobre el primero, véase recientemente M<sup>a</sup> J. Muñoz Jiménez, «La doble presencia de Virgilio en Marcial», *CFC(Lat)* 7, 1994, pp. 105-132). Es precisamente en este segundo apartado donde pueden verse las más interesantes coincidencias o dependencias, si se quiere, de Marcial respecto a Catulo: tanto en el vocabulario (Swann estudia el uso en Marcial de los términos genuinamente catulianos *nugae*, *ludere*, *ioci*, *sal*), en el uso del epigrama como vehículo caricaturizador, en la disposición estructural de los epigramas y en el metro (acerca de lo que el autor concluye que Marcial «entiende» como epigrama incluso aquellos poemas de Catulo no escritos en dísticos elegíacos, sino en metros griegos, como demuestra, por ejemplo, la comparación que realiza entre el poema 13 del veronés y el epigrama XI 52 de Marcial).

Sentadas las bases, pues, de que Catulo es un autor epigramático y que así lo entendió Marcial, el autor realiza un recorrido por la recepción de ambos poetas en la posteridad tanto en el ámbito literario como en el de la crítica filológica con la intención de demostrar que la

obra de Catulo no dejó de sentirse enteramente epigramática desde la época renacentista y hasta el siglo XIX. Así, el capítulo III («Catullus and Martial into the Renaissance», pp. 82-94) aborda el descubrimiento de los textos de Catulo y Marcial por el Renacimiento italiano, dedicando más específicamente los capítulos siguientes a la recepción de ambos autores en las obras de los poetas neolatinos y en el seno de la crítica literaria de Italia (capítulo IV: «Catullus and Martial in Italy», pp. 95-118), Francia (capítulo V: «Catullus and Martial in France», pp. 119-139), e Inglaterra y Alemania hasta el siglo XVIII (Capítulo VI: «England and Germany. The Eighteenth Century», pp. 140-154).

Según se anunciaba en la Introducción del estudio, sólo en el siglo XIX la obra de Catulo dejó de ser considerada epigramática para convertirse en lírica en virtud de la estética romántica que vio en el elemento autobiográfico y la primera persona del escritor marcas inequívocas para catalogar a un poema como lírico; en este sentido, la poesía de Catulo encajó perfectamente en la percepción poética del siglo XIX contribuyendo también a ello de manera notable la propia visión del amor que el escritor de Verona plasmaba en sus versos y que tan bien cuadraba, como sentimiento destructivo, a la sensibilidad de la poesía romántica. Ésta es, básicamente, la idea sobre la que gira el último capítulo de la obra (capítulo VII: «Catullus transformed», pp. 155-165) que cierra un buen estudio levantado sobre una suposición inicial que la propia tradición literaria y filológica de los autores analizados se encarga de certificar. El punto final del volumen lo ponen una selección bibliográfica muy completa y un índice de nombres propios y de temas.

Sólo nos resta hacer una breve crítica a la concepción general de la obra y que atiende especialmente a la ausencia absoluta de referencias a la recepción de ambos autores en España, aparte de la nula mención de bibliografía española a lo largo del estudio (algo a lo que ya estamos, por desgracia, bastante acostumbrados). Creo que las recientes bibliografías de los estudios clásicos en España podrían haber puesto al autor sobre la pista de trabajos que, al menos, deberían haber sido mencionados en la nota 31 de la p. 94: allí, Swann se excusa de no tratar la recepción de Catulo y Marcial en España «por limitaciones de espacio y tiempo» y remite al estudio, eso sí, más o menos reciente de J. Nowicki (1976), dejándose en el tintero, para el caso de Marcial (autor precisamente de nuestro suelo), los trabajos de V. Cristóbal («Marcial en la literatura española», en *Actas del Simposio sobre M. Valerio Marcial*, vol. II, Zaragoza, 1987, pp. 145-210), M<sup>a</sup> A. Vilallonga («Marcial a l'obra de Jeroni Pau», en *Los géneros literarios*, Bellaterra, 1985, pp. 199-206) o, sin ir más lejos, las páginas que la *Bibliografía hispano-latina clásica*, vol. VII, Madrid, 1951, pp. 459-489), aparte de la antigua obra de A. Giuliani sobre la recepción del epigrama de Marcial en la España de los siglos XVI-XVII (*Martial and the Epigram in Spain in the Sixteenth and Seventeenth Centuries*, Filadelfia, 1930). Es ésta, por tanto, la única objeción que cabría hacer al estudio, perfectamente construido e hilvanado, de Bruce W. Swann que demuestra, por otro lado, cómo el análisis de la tradición clásica puede arrojar luz y suscitar o apuntalar nuevas o antiguas interpretaciones sobre los textos clásicos.

JUAN LUIS ARCAZ POZO

IGLESIAS ZOIDO, JUAN CARLOS – *La argumentación en los discursos deliberativos de Tucídides y su relación con la normativa retórica del siglo IV*. Cáceres, UEx, 1995.

La obra de Tucídides es un testimonio insustituible para la reconstrucción de la retórica política de finales del s. V a.C. Es producto de la sofística de la que nos han llegado muy escasos restos de discursos y desde luego ninguno del género deliberativo al margen de Tucídides. Su estudio retórico es, por tanto, un campo productivo no muy visitado. Ahora bien, si no se hace con rigor, cabe el riesgo de cierta circularidad al explicar los discursos de Tucídides desde las retóricas del s. IV y, a la vez, sostener que éstas se vieron influidas por este historiador, o, por lo menos, por las concepciones retóricas que en él se reflejan. No es el caso de esta investigación que comentamos, fruto de una tesis doctoral leída en la Universidad de Extremadura, que ilumina nuestro conocimiento de los procedimientos compositivos de Tucídides, al tiempo que, paralelamente, mejora de forma notable nuestra comprensión de la retórica del s. IV a.C., ya que usa las dos retóricas de la segunda mitad de este siglo, las más cercanas a la obra del historiador, la *Rhetorica ad Alexandrum* de Anaxímenes, con la que se descubren paralelos muy estrechos pero que afectan a rasgos bastante externos o superficiales, y la de Aristóteles que nos permite profundizar mucho más en los recursos argumentativos de los discursos, que es propiamente el núcleo de la composición retórica. Aunque la investigación se limita al género deliberativo, sólo se excluye como discurso importante el *Epitafio*. Los antecedentes en este tipo de investigación serían especialmente Moraux<sup>1</sup> y Gommel<sup>2</sup>, como se nos explica en las pp. 15-22.

Para empezar hace un estudio (pp. 23-7) de la interpretación en clave retórica del famosísimo y controvertido τὰ δέοντα del cap. metodológico: en caso de falta de información sobre un discurso realmente pronunciado o en caso de poca claridad en la expresión de sus intenciones, Tucídides lo reconstruyó según los criterios que deberían haber presidido su composición. Tras esta toma de posición sobre la metodología del historiador en lo que concierne a los discursos pasamos a una inteligente introducción que nos presenta sucintamente la teoría retórica en los s. V y IV y su evolución, pp. 29-43.

El discurso deliberativo es sobre todo argumentación, quedando relegados a un segundo plano el proemio y epílogo, en caso de que aparezcan. Por tanto, el análisis retórico debe centrarse en el proceso argumentativo. Adopta para la comprensión de los medios de argumentación la teoría aristotélica, concretamente de las πίστεις ἔντεχνοι, tal y como la entiende Grimaldi<sup>3</sup>: son fuente de entimemas o recursos racionales de persuasión tanto el asunto del discurso (πράγμα) como la credibilidad del hablante (ἦθος) y las emociones del auditorio

<sup>1</sup> P. Moraux, «Thucydide et la Rhétorique», *LEC* 22, 1954, pp. 3-23.

<sup>2</sup> J. Gommel, *Rhetorisches Argumentieren bei Thucydides*, Hildesheim, 1966.

<sup>3</sup> W.M.A. Grimaldi, *Aristotle: Rhetoric I. A Commentary*, N. York 1980 y *AJPh* 58, 1957, pp. 188-92, en la línea de F. Solmsen, *CPh* 33, 1938, pp. 390-404.

(πάθη). El entimema es una estructura silogística que se compone de una premisa mayor consistente en una idea general probable, que no siempre se expresa si se considera que el auditorio está de acuerdo con ella, una premisa menor en que se aplica la mayor al caso concreto que interesa para el caso y la conclusión, aquello de lo que quería convencer al orador, que será aceptable o convencerá en función de que el auditorio esté de acuerdo en la mayor y considere, mediante la menor, que es de verdad adecuada y aplicable al caso concreto. Aunque aparentemente la argumentación lógica se debería limitar a aquello que constituye el tema o asunto en discusión, de hecho los oradores en su experiencia y Aristóteles en su teorización habían comprobado que se conseguía persuadir por vía racional jugando con el ἦθος (entendido como ἀξιопιστία o credibilidad del hablante) y el πάθος (entendido como πάθη o sentimientos concretos que se provocan en el auditorio).

El asunto del discurso o πράγμα (pp. 51-81). Los temas típicos del género deliberativo, tanto en los discursos como en las retóricas del IV, eran la conveniencia de una alianza (tema de 7 discursos de Tucídides), de la guerra (tema de 17 discursos) y de la paz (tema de 2). Es llamativa la estrecha coincidencia entre los discursos de Tucídides y la retórica de Anaxímenes que nos demuestra en detalle J.C. Iglesias: en ambos las alianzas se hacen cuando una nación se considera débil, cuando hay una guerra próxima y cuando se unen contra una tercera. También en ambos debe demostrarse que es justo aquel con quien se hace la alianza, que los futuros aliados ya han hecho beneficios a la ciudad o que aportarán una fuerza militar considerable. Los motivos para la guerra son en ambos la existencia de un agravio (ἀδικία) contra la propia ciudad, un agravio contra los aliados o la conveniencia de la ciudad; también es fundamental valorar la capacidad militar (παρασκευή).

El emisor del discurso o ἦθος del orador (pp. 83-122). En primer lugar está la cuestión de quién pronuncia el discurso, si un orador individual identificado o uno colectivo como representante de una ciudad o pueblo. Tras el recuento resulta que sólo se individualizan oradores atenienses, espartanos y siracusanos, siendo siempre los de los demás pueblos colectivos. Para unos y otros es aplicable la teoría sobre la credibilidad del orador (ἀξιопιστία), que para Anaxímenes es una cuestión propia del proemio: según la actitud del auditorio, en función de la existencia o no de una descalificación personal o διαβολή, se hará más o menos necesaria esta parte. Pues bien, de acuerdo con esto, se pueden perfectamente clasificar los discursos de Tucídides en función de que el auditorio sea favorable o desfavorable (por un prejuicio antiguo o por uno reciente), en plena coincidencia con la teoría retórica. Con auditorio favorable el proemio se hace innecesario, esto ocurre, curiosamente, sobre todo en los discursos a favor de la guerra en cuanto que la opinión del auditorio es coincidente (en este grupo es llamativo el caso de Cleón en III 37-40 en cuanto que, tan seguro está del favor de su público, que se permite un ataque al sistema democrático). Cuando el auditorio es desfavorable hay que hacer una προκατάληψις que anule los efectos de la διαβολή. Es justa la reflexión de que el uso de estos dos procedimientos transforman esta parte del proemio en una parte argumentativa de tono judicial. También existen algunos discursos tucidídeos que se sirven del ἦθος al final del discurso. Aristóteles se dio cuenta que tanto el uso del ἦθος como del πάθος no eran privativos del proemio o del epílogo y por eso los transformó en medios de prueba aplicables al conjunto de la argumentación. J.C. Iglesias demuestra de forma rigurosa que no es una construcción teórica de Aristóteles, sino un recurso de los discursos: existe en Tucídides un uso argu-

mentativo del ἦθος que consiste en que el orador demuestra a su auditorio que es sensato, virtuoso y bien dispuesto, es decir, que posee φρόνησις, ἀρετή y εὐνοία, siendo fundamental para ello estudiar las características de sus oyentes para agradarlos y no ofenderlos. En su último discurso (II 60-4) Pericles demuestra su valía como político por su comprensión de la situación, su amor hacia la ciudad y estar por encima de las riquezas (en otras palabras, las tres cualidades que infunden credibilidad). Los corintios en I 120-4 demuestran que los que no quieren la guerra tienen las cualidades contrarias: estupidez, cobardía y despreocupación. Además, de acuerdo con la teoría aristotélica, se argumenta según los comportamientos propios de los caracteres nacionales o según el carácter humano en función de que uno sea fuerte o débil, joven o viejo, pobre o rico, aplicados tanto a personas como pueblos. Así en I 73-78 los atenienses justifican su comportamiento como propio de un pueblo fuerte y dominador.

El receptor del discurso o πάθος del auditorio (pp. 123-151). Los sentimientos que mayor uso tienen en Tucídides son el temor (φόβος) y la confianza (θάρασις), se usan tanto en el epílogo (lugar tradicional para provocar sentimientos en el auditorio, aunque ninguna de las dos retóricas hagan mención concreta de los dos citados para esta parte), como en la argumentación. Nos encontramos, al igual que en el caso del ἦθος del hablante, que J. C. Iglesias demuestra con toda claridad la posibilidad de argumentar racionalmente a partir de sentimientos. Usan el temor para disuadir de la guerra los atenienses en su discurso de I 73-78, Arquidamo en I 80-85 y Nicias en VI 9-14. Cuando se busca la paz se infunde por vía argumentativa confianza, cosa que ocurre en el discurso de los corintios en I 120-4, en el primero de Pericles I 140-4, en el de Alcibiades en VI 16-18 y en otros tres discursos. Incluso hay ejemplos en los que se combinan ambos sentimientos, temor, para provocar al auditorio a la acción, y confianza, para llevarle a la guerra, así ocurre en el discurso de los corintios de I 68-71 y en otros cuatro discursos. Sin embargo, cuando se trata de promover una alianza se usa el temor y, por el contrario, cuando se quiere disuadir de ella, la confianza. Existen casos más complicados en los que se matiza más el uso de uno u otro sentimiento, por ejemplo cuando la nueva alianza que se propone supone la defección de una anterior (caso de Eufemo ante los habitantes de Camarina en VI 82-7 y de otros dos discursos) o cuando previamente a la alianza propuesta debe hacerse la paz (caso de Hermócrates ante las ciudades de Sicilia en IV 59-64). Con ello se demuestra de forma meridiana el uso argumentativo (es decir, entimemático) de los sentimientos estableciéndose una interesante relación con el tema del discurso o aquello de lo que se quiera convencer. Esta conclusión es importante para nuestro conocimiento de Tucídides, pero lo es mucho más para la comprensión de la *Retórica* aristotélica, ya que queda fuera de duda que las interpretaciones en la línea de Grimaldi no sólo son las más coherentes con el conjunto de la obra, sino que también responden a la realidad de la práctica oratoria, ya en el s. V a.C.

El estudio se cierra con unas breves conclusiones (pp. 153-7). En definitiva el interés de este trabajo es doble, por un lado para nuestra comprensión de los procedimientos compositivos de Tucídides, por otro para la interpretación de la teoría que se desarrolla en las primeras retóricas. En ocasiones, al lector le gustaría que no estuviera la investigación tan centrada en un autor y se ampliara con una visión más general de la historiografía griega. A veces peca de un exceso de prudencia que le hace intentar adoptar posturas eclécticas que concilian con dificultad puntos de vista demasiado dispares, que, además, desdibujan sus propios puntos de

vista y aportaciones personales. También abusa de cierta jerga tucidídea con profusión de términos griegos entremezclados en la redacción que pueden resultar molestos a los que no estén tan familiarizados con este autor, si bien debe destacarse también la pulcritud en las numerosas citas griegas.

FRANCISCO CORTÉS GABAUDAN

TSAKMAKIS, ANTONIS – *Thukydides über die Vergangenheit*. Tübinga, Günter Narr, 1995.

Una de las características más comentadas del quehacer historiográfico de Tucídides es que se centra en la historia contemporánea, sin embargo, en varios pasajes, aunque sólo en los libros I y VI dirige su atención al pasado, estos relatos son el centro de atención de este trabajo originado en una tesis doctoral de la Universidad de Munich. Concretamente se trata de las siguientes secciones I 2-19 (*Arqueología*), I 89-118 (*Pentekontaetía*), los tres episodios biográficos encadenados del libro I (Cilón 126-127, Pausanias 128-135 y Temístocles 136-138), VI 2-5 (*Arqueología* de Sicilia) y el episodio de los tiranicidas VI 54-59.

Hasta ahora, nos dice Tsakmakis en su introducción (pp. 1-17), estos relatos dirigidos al pasado no han merecido un estudio serio en su conjunto. Se han considerado por separado, especialmente desde la perspectiva analista. Con claridad nos resume cuáles han sido las aportaciones a este respecto, entre las que destacan las de Schwartz<sup>1</sup> o Ziegler<sup>2</sup> quienes consideran en general que son pasajes tardíos o, por lo menos, incorporados en la última fase compositiva de la obra. Más matizada y cercana a Tsakmakis es la postura de Froberg<sup>3</sup> que insiste en su dimensión poética: pertenecen a un estilo de madurez y han sido colocados donde los encontramos por el propio Tucídides con la intención de profundizar en los motivos de lo que se nos cuenta.

Metodológicamente Tsakmakis reivindica en el estudio historiográfico, frente a la vieja discusión sobre la objetividad, la importancia de hacer un análisis literario que tenga en cuenta el género y el proceso compositivo que ha seguido el autor (selección y jerarquía de los sucesos, articulación contextual y plan, substrato literario general y del género con los sobreentendidos que ello supone de cara al lector y conocimiento histórico por parte del autor). Desde este punto de vista, Tucídides destaca por la coherencia de su obra que hace que los sucesos narrados aparezcan como resultado de un plan lógico gracias a la profundidad de su análisis. El estudioso debe reconstruir el proceso compositivo de Tucídides para interpretarlo mejor. Aunque Tsakmakis lo hace con ingenio, peca muchas veces por su excesivo afán por demostrar la absoluta coherencia del conjunto y las cualidades historiográficas de Tucídides en una reacción antianalista exagerada.

<sup>1</sup> E. Schwartz, *Das Geschichtswerk des Thukydides*, Bonn, 1919.

<sup>2</sup> K. Ziegler, «Der Ursprung der Exkurse im Thukydides», *RhM* 78, 1929, pp. 58-67.

<sup>3</sup> B.M. Froberg, *The Dramatical Excursuses in Thukydides' History*, diss. Ohio, 1971.

Al libro I se dedica casi la mitad de este trabajo. En primer lugar se justifica su coherencia (pp. 18-24), frente a otras interpretaciones, ya desde Dionisio de Halicarnaso, que han insistido en su aspecto caótico por no haber comprendido la integración de sus elementos. Los contenidos del libro se articulan en un conjunto perfectamente coherente en el que se exponen tanto las motivaciones historiográficas sobre la importancia de la guerra como las motivaciones históricas sobre las causas del conflicto. Combina la información fáctica con reflexiones sobre su significado.

Con el examen de la *Arqueología* (pp. 25-63), se inicia el estudio concreto de los relatos del pasado que centran la investigación. Se hace en cada caso de forma muy detallada y pormenorizada aportando con inteligencia las conclusiones relevantes de los estudiosos anteriores para aquello que se discute. El estudio se transforma a veces en comentario y se desdibujan en cierta medida las perspectivas de conjunto. Lo primero que tiene que hacer Tucídides es demostrar la importancia de la guerra que va a narrar mediante una comparación cuyo objeto no son las guerras del pasado frente a la del Peloponeso, sino la de la situación entre la Grecia del momento inicial de esta guerra y la Grecia de ocasiones bélicas anteriores. La *Arqueología*, por tanto, no es un bosquejo de la historia de Grecia ni una historia de las guerras anteriores; es un estudio para justificar la importancia de los medios (*παρασκευή*) que se destinaron a la guerra, importancia que se explica por la mayor potencia y desarrollo de las fuerzas en conflicto. El proemio en el que se integra esta mirada al pasado deja patente la capacidad de Tucídides para la predicción histórica e investigación metodológica que justifican la utilidad de la obra. No cabe duda de que enriquece nuestra valoración de esta parte frente a lo que podríamos considerar el punto de vista tradicional, por ejemplo, de Schwartz que la interpreta como una *αὔξησις* retórica para justificar la importancia de la guerra.

La narración de los cincuenta años entre el final de las guerras médicas y la guerra del Peloponeso (*Pentekontaetía*, caps. 89-118, estudiada en pp. 64-100) es, en palabras de Tsakmakis, el *lógos* de Tucídides, resultado de su reflexión sobre los hechos, en el que expone el motivo profundo y oculto del conflicto (*ἀλεθεστάτη πρόφασις*), el temor de Esparta ante el desarrollo de Atenas, en contraposición a los *lógoi* o discursos pronunciados anteriormente en los que se expusieron causas superficiales. Han llamado la atención las diferencias notables entre sus partes, mientras que en la primera (caps. 89-95) se estudia el desarrollo de la hegemonía ateniense y las condiciones que permitieron el desarrollo de su poder, en la segunda (caps. 98-118.2) se trata de analizar cuál era la política militar y exterior de Atenas: se quiere dejar patente mediante ejemplos concretos la diferente actitud mental de los atenienses frente a sus enemigos, tienen una mejor visión política de la situación que les hace llevar la iniciativa, mientras que Esparta se deja arrastrar por las circunstancias. Entre ambas hay una transición de tono historiográfico que justifica la necesidad de esta digresión por las insuficiencias de los historiadores anteriores. Mientras que la *Arqueología* se centraba en lo cuantitativo ahora interesa más lo cualitativo.

El cometido de los episodios biográficos del libro I (pp. 101-156), ha recibido distintas interpretaciones por parte de los analistas: Schwartz y Münch<sup>4</sup>, por ejemplo, defienden, a par-

<sup>4</sup> H. Münch, *Studien zu den Exkursen des Thukydides*, Heidelberg, 1935.



tir de una datación tardía de los episodios, el carácter paradigmático del de Pausanias y el de Temístocles, como representación emblemática de Esparta y Atenas, mientras que el de Cilón se justificaría por el contexto (Schwartz) o como introducción a la historia familiar de Pericles (Münch). Rawlings<sup>5</sup>, dentro de su teoría general de la obra como una doble estructura paralela con comienzos en I y VI, considera que Pausanias y Temístocles se reflejan en Lisandro y Alcibiades. Tsakmakis rebate con fuerza el carácter paradigmático o tardío, aunque tiene que admitir que hay muchos rasgos en su composición que no encajan con el resto (tendenciosidad en la forma narrativa, uso de cartas como fuente, cierto carácter herodoteo, etc.). En cuanto a su interpretación, considera que los de Cilón y Pausanias están perfectamente justificados en su contexto, el de los intercambios de acusaciones entre Esparta y Atenas. Esparta apela al sacrilegio cometido contra Cilón para desprestigiar a Pericles entre los atenienses, Atenas, a su vez, responde aduciendo el sacrilegio cometido contra Pausanias. La referencia a Pausanias arrastra el episodio de Temístocles con la intención de contraponer los errores que cometió entonces Atenas con los que podría cometer con Pericles. Al tiempo, desde un punto de vista historiográfico y metodológico, Tucídides intentaría mostrar, según Tsakmakis, que no son válidas las explicaciones de corte herodoteo a partir de sacrilegios, pero sí lo es intentar aprender de situaciones del pasado, siempre que se sepan aplicar a la situación presente. Como vemos es una explicación ingeniosa pero no forzosamente convincente en todos sus puntos.

La *Arqueología siciliana* del libro VI, caps. 2-5, (estudiada en pp. 157-175) es fácil de explicar como contraposición a la *Arqueología* del libro I (cosa, por otra parte, que ya había hecho Rawlings). Como ocurría en el principio de la obra, al empezar la historia de la campaña de Sicilia es necesario justificar la importancia de la isla que viene dada por su tamaño, habitantes, colonizaciones recibidas. Sin embargo, en esta mirada al pasado de la isla, han llamado la atención los silencios estruendosos sobre sucesos importantes de la historia reciente siciliana como la guerra con Cartago o las luchas internas en la propia Siracusa. Frente a otras hipótesis, Tsakmakis propone que a Tucídides le interesaba insistir en la ignorancia que demostró Atenas cuando decidió la campaña, de ahí que no mencione hechos posteriores al 460 porque irían en contra de la argumentación de esta ignorancia en cuanto que Atenas se vio implicada en ellos. Mientras que en el I libro la *ἀλεθεστάτη πρόφασις* era el temor de Esparta, ahora lo es el deseo imperialista de Atenas sobre Sicilia, aunque se pretexto para la intervención el apoyo a aliados de Atenas.

Finalmente se ocupa en pp. 176-225 del episodio de los tiranicidas, VI.54-59. En general en la interpretación de este pasaje se ha barajado su carácter paradigmático, como hacen Schadewaldt<sup>6</sup> y de forma más articulada Rawlings: existe un paralelismo evidente entre la huida de Hipias y la de Alcibiades, ambos llegan a esa situación a partir de un ataque a su posición aristocrática por gentes de baja condición que genera en uno y otro miedo, al que responden de forma excesiva. Tsakmakis intenta deshacer esta visión y profundizar más: Tu-

<sup>5</sup> H.R. Rawlings, *The Structure of Thucydides' History*, Princeton, 1981.

<sup>6</sup> W. Schadewaldt, *Die Geschichtsschreibung des Thukydides*, Berlín, 1929.

cídides, en realidad habría intentado demostrar que los tiranicidas actuaron por motivos personales y no políticos, que la posible conducta impía de Alcibiades no tenía relación con su actuación política, por tanto, es falso el símil de Hiparco con Alcibiades y carecían por completo de base las insidias políticas contra Alcibiades. Tucídides intentaría desenmascarar los errores del pueblo y revalorizar la importancia del rigor metodológico del buen historiador en la toma de decisiones políticas.

Se trata en definitiva de un estudio riguroso y lleno de interés que abarca aspectos fundamentales de la obra de Tucídides y la articulación de sus partes. Aunque quizá no aporte novedades revolucionarias tiene el interés de saber recoger toda la tradición de estudio anterior y avanzar a partir de ella. Por otra parte ofrece un análisis muy pormenorizado y detallado de los pasajes que estudia, siempre desde la perspectiva literaria de su composición y sus implicaciones en la metodología historiográfica.

FRANCISCO CORTÉS GABAUDAN

MASARACCHIA, AGOSTINO - *Isocrate. Retorica e politica*. Roma, Gruppo editoriale internazionale, 1995.

Como un acontecimiento inusual puede considerarse la aparición de libros monográficos sobre la obra de Isócrates, el cual, a pesar de ser una de las figuras claves del siglo IV a.C., ha merecido hasta ahora en nuestra disciplina una atención muy lateral, siendo incluso pocas las ocasiones en que se ha estudiado al orador por sí mismo y muchas aquellas en las que se le ha utilizado para arrojar luz sobre alguno de sus contemporáneos y rivales. El estudio de Masaracchia, junto al abajo reseñado de Alexiou y otro también muy reciente de Sylvia Usener (véase mi reseña en *Cuadernos de Filología Clásica* de 1996) permiten ya suplir algunas de las lagunas más urgentes en la investigación.

El libro de Masaracchia (=M.) consta de tres estudios independientes entre sí. El primero se titula «Le scienze della paideia» (pp. 17-45) y quizás sea, a mi juicio, el más valioso y original. Con una magistral precisión describe M. en pocas páginas el papel que desempeñan las ciencias en el sistema educativo isocrático, un problema crucial injustamente olvidado por los estudiosos (cf. la ilustrativa nota 5 en p. 18). M. sigue un procedimiento correcto pues no intenta analizar de forma global la validez de las ciencias en la concepción isocrática de la educación, sino que realiza un análisis de los diferentes discursos en orden cronológico, lo que le permite observar cambios en las posturas del orador, que pasa de ignorar el papel de las ciencias en la educación (no aparecen citadas en sus discursos chipriotas) o negarles validez cognoscitiva (reflejo de la desconfianza innata en Isócrates hacia la existencia de un saber objetivo, es decir, de su depreciación de la ἐπιστήμη, que subordina a la δόξα: *Helena* 5: «es mejor tener opiniones correctas sobre lo que es útil que conocimiento preciso sobre lo que es inútil») a adoptar una postura de un cierto compromiso en la que, sin revisar del todo este postulado, concede a dichas disciplinas una cierta utilidad formativa (*Antidosis* 261 ss.: las ciencias son útiles como una propedéutica para la filosofía). No cabe duda que la Academia platónica,

que concedió tanta importancia a las ciencias, tuvo algo que ver en esta postura final de Isócrates. Desde una perspectiva teórica tiene razón M. cuando afirma que «el juicio de Isócrates sobre la utilización de las ciencias en la paideia coincide sustancialmente con el de Platón» (p. 40) ya que ambos instrumentalizaron el estudio de las ciencias en su sistema educativo, pero ello, como bien advierte también el autor, no debe hacer olvidar que la praxis de ambas escuelas era muy diferente y que las ciencias estaban probablemente ausentes por completo de la escuela isocrática, una circunstancia que pesa en su marginación del currículo helenístico, como ya señaló Marrou en su momento. Pero más que esta conclusión general el capítulo destaca por la suma de pequeñas observaciones de detalle que refuerzan la argumentación y que tratan tanto de las relaciones de Isócrates con Aristóteles (nota 49, p. 40) como de paralelos con Platón (tanto en *Panatenaico* 26-29 como en *Gorgias* 484c ss. se distingue entre la educación para jóvenes y adultos). El esbozo resultante del problema es ya imprescindible.

El segundo capítulo, «Greci e Barbari nel Panegirico» (pp. 47-79), es también metodológicamente impecable en la medida en que, 1) sitúa la visión de los bárbaros en Isócrates dentro de unas coordenadas históricas; 2) considera la evolución interna de las ideas del orador respecto a los bárbaros a lo largo de su obra. Con respecto al primer punto, M. pasa revista al concepto de bárbaro en el mundo griego y comprueba que el siglo IV a.C., cuando el imperio persa dirige a distancia la política griega, atestigua un auge creciente de las posturas que consideran a los bárbaros como diferentes en su naturaleza de los griegos. Esta actitud, de la que M. encuentra reflejos en Platón, Aristóteles, Jenofonte y Demóstenes y que contrasta con ideas más racionales del ámbito de la filosofía griega que proclaman la igualdad de todos los seres humanos, es precisamente la que adopta Isócrates en su *Panegirico*. No obstante, M. hace ver la evolución de nuestro orador hacia posturas más abiertas a partir de la redacción del *Panegirico*, que pertenece al comienzo de su carrera como orador político. La helenización de monarquías periféricas como Chipre o Macedonia, no dejó de impresionar a Isócrates, que vio las posibilidades de helenización de los bárbaros y de hecho así lo refleja en *Evágoras* y *A Filipo*, superando visiones demasiado simplistas como las de su *Panegirico*. No hay que ver en él contradicción sofística (del tipo de la que se le acusa con frecuencia en la crítica), sino simplemente evolución. Pero dado que esta apertura de Isócrates es posterior al *Panegirico*, M. considera – y éste es el aspecto esencial que pretende aclarar este capítulo – que el famoso pasaje de *Panegirico* 50 en el que Isócrates afirma que el nombre griego no es propio del nacimiento sino de la παιδεία no es, tal como postulaba Jaeger, una superación de las diferencias entre bárbaros y griegos por la cultura, ajena a los planteamientos del orador en este periodo. Un estudio del contexto del pasaje permite a M. comprobar que la educación es lo que distingue para Isócrates no a griegos de bárbaros, sino a los atenienses del resto de los griegos; el hecho además de que Isócrates valore más la παιδεία que el γένος como criterio de identidad de los griegos no implica tampoco que el γένος no desempeñe papel alguno a su ojos a la hora de definir la identidad griega. En definitiva M. hace caer definitivamente uno de los tópicos más difundidos sobre Isócrates y nos aproxima algo más al verdadero pensamiento del orador.

El tercer capítulo está dedicado al análisis del discurso *Panatenaico* (pp. 81-149) que M. define con razón como «la obra más singular de la producción isocrática y una de las más enigmáticas de su tiempo» (p. 81). Los resultados obtenidos son sin embargo algo decepcio-

nantes en la medida en que M. no logra romper del todo el círculo vicioso de los estudios anteriores (también insatisfactorios, como él reseña en su balance) con nuevas propuestas de interpretación del discurso. Desde el punto de vista del método del que se parte hay que reseñar igualmente alguna incongruencia de base. Opina así M. que el discurso fue redactado en dos fases, de forma que mientras en un primer momento la obra se dirigía a Filipo (la antigua tesis de Wendland) y le proponía la alianza con Atenas, en un segundo momento, después de una larga enfermedad del orador (a la que éste mismo hace referencia en la obra), éste, viendo que las circunstancias políticas eran otras y que Atenas estaba en guerra con el macedonio, cambió la orientación de su obra y eliminó las alusiones a Filipo. De esta forma quedaría un discurso extraño como el que hoy tenemos, en el que la alabanza de Atenas perdería su función inicial. M. sin embargo, al hablar de dos fases y observar las contradicciones que de ellas derivan, procede de una manera justamente inversa a la que le llevó a afirmar en pp. 49-51 a propósito del *Panegírico* que sus contradicciones no son debidas a la existencia de dos redacciones a pesar de que se nos dice que el orador invirtió largos años en su redacción.

Pero más allá del diferente criterio seguido en cada caso, lo que realmente importa es que M. apoya su teoría en una interpretación demasiado libre de las palabras del orador en diversos pasajes. Así en § 232 Isócrates no afirma, como pretende el autor, que después de su enfermedad hayan desaparecido las razones que inspiraban su discurso original, sino simplemente que no estaba satisfecho con lo escrito. No hay pues espacio en esta afirmación para suponer un cambio de planes en el discurso que pudiera relacionarlo en una fase inicial con la figura de Filipo. El hecho de que en numerosos pasajes Isócrates considere que Atenas es un aliado más fiable que Esparta (§§ 42-48) no tiene tampoco por qué ser un mensaje dirigido exclusivamente a Filipo y no incluir a otros posibles amigos y aliados de Atenas. Igualmente, cuando Isócrates dice en § 65 que los que hablan mal de los atenienses son responsables de la mala fama que gozan sus amigos en Atenas, no se refiere a la mala fama de Filipo como pretende M. (p. 96), sino tal vez a la mala fama de los espartanos, que son los amigos de los calumniadores y aquellos que se toman siempre como referencia frente a Atenas en la σύγκρισις de ambos estados que es en el fondo el discurso. El *excursus* a Agamenón nada tiene que ver con Filipo, tal como propone M., que no aprecia los paralelos entre la figura de Agamenón y la del propio Isócrates (ver mi artículo en *Emerita* 64, 1996, pp. 137-156 y más abajo algunas de las observaciones coincidentes de Alexiou). Cuando M. afirma (p. 100) con respecto al *excursus* que «la empresa troyana está aquí leída a la luz del proyecto político en el cual Isócrates quiere implicar a Filipo» no se da cuenta de que el proyecto político isocrático de la lucha contra el persa es independiente de la figura de Filipo y tan antiguo como el *Panatenáico* y que el hecho de que Isócrates implicara en él al rey macedonio con su *A Filipo* no supone que también lo hiciera en el *Panatenáico*. Las pruebas faltan y no se deben interpretar sesgadamente. La alabanza de la monarquía en § 119 no es tan clara como pretende M., no sirve sino para confirmar la condición oligárquica de Isócrates, no conduce en definitiva a Filipo, como tampoco lleva a él el elogio del rey Teseo en la *Helena*. El que en § 137 Isócrates alabe el carácter modélico de la constitución de los atenienses no es ni puede ser un guiño a Filipo como pretende M. (p.113, donde habla de «convergencia pragmática entre la democracia ateniense y la monarquía macedonia»), a menos que supongamos que el viejo orador estaba realmente al margen de la *Realpolitik* del momento. En § 147 no se dice como preten-

de M. que la democracia aristocrática es «algo que se da entre los más afortunados tiranos» (lo que convertiría el pasaje en un guiño a Filippo) sino tal vez que el hecho de que el pueblo castigue a los gobernantes es «algo que les ocurre incluso a los más afortunados de los tiranos». A favor de esta interpretación está el hecho de que Isócrates habla negativamente del tirano Pisístrato en § 148 sin mayor transición. El superlativo de εὐδαίμων aplicado a los tiranos no cualifica la condición de la tiranía y sirve sólo para indicar la prosperidad del tirano, que precisamente puede verse frenada por el control del pueblo.

Pese a todo ello, es evidente que Isócrates no tenía por qué renunciar a implicar a Filippo en su proyecto político y es por lo tanto esperable que ocasionalmente se puedan encontrar alusiones vagas al macedonio en su último discurso, pero esto no significa que el discurso esté construido en torno a Filippo al igual que no lo está respecto a los múltiples temas que toca Isócrates en el *Panatenáico* de manera incidental. Tampoco cuando Isócrates advierte a los griegos que el rey de Persia es severo con quien le adula y condescendiente con quien se le opone (§§ 159-160) hace otra cosa que incitar a los griegos a doblegarle combatiéndole; resulta forzada la idea de M. (p. 115) de que Isócrates está proponiendo a Filippo que adopte una actitud diferente a la del Gran Rey (¿y sea severo con sus opositores?). Las dificultades se hacen insalvables cuando M. interpreta la versión conciliatoria hacia Tebas del mito que nos cuenta cómo Atenas consiguió que el argivo Adrasto recuperara los cadáveres de sus soldados caídos ante los muros de los tebanos. Isócrates, claramente hostil a Tebas en otras obras suyas, relata ahora cómo los tebanos accedieron enseguida a la petición de Teseo de devolver los cadáveres de los argivos, actuando μετρίως, contrariamente a la opinión que se tiene de ellos y denunciando tan sólo a los que habían invadido su país (§§ 168-179). Creo que es imposible negar que Isócrates está defendiendo la alianza de Tebas y Atenas que es la que se enfrentó a Filippo y es salir difícilmente del paso el afirmar, como hace M. (p. 118), que la alabanza de Tebas «es coherente con el deseo de promover la concordia entre los estados griegos como presupuesto de la alianza que debe ser concluida entre Filippo y Atenas». En vista de todo ello creo que es conveniente poner en cuarentena la tesis de M. de que el discurso fue inicialmente concebido en función de Filippo y buscar en otra parte las motivaciones que llevaron a Isócrates a escribirlo.

JUAN SIGNES CODOÑER

ALEXIOU, EVANGELOS – *Ruhm und Ehre. Studien zu Begriffen, Werten und Motivierungen bei Isokrates*. Heidelberg, Universitätsverlag C. Winter, 1995, 272 pp.

El libro de Alexiou (=A.), la publicación de una tesis doctoral leída en Heidelberg en 1994, aborda de manera monográfica un problema tan complejo como es el concepto del prestigio social en la obra de Isócrates. En efecto, la δόξα, así como otras nociones afines asociadas a ella, es cardinal dentro del pensamiento de Isócrates y ello no sólo porque alguno de sus más importantes discursos (como la *Antídosis*) hayan sido escritos fundamentalmente para defender un prestigio amenazado, sino porque está de hecho presente en casi todas sus obras e impregna en gran medida la propia concepción que tiene el autor de la oratoria y la retórica fren-

te a la filosofía. Ante la importancia del tema hay que saludar pues con interés la aparición de este estudio que aborda el problema con rigor y competencia, aunque ofrece quizás menos de lo que promete el título y está lejos de presentar un tratamiento sistemático del concepto (no se analiza por ejemplo el binomio ἐπιστήμη - δόξα en Isócrates, que sí trata M. en su libro, pues A. no se centra en esta acepción de la palabra - cf. infra). Esta circunstancia, que ya reconoce el propio autor, era evidentemente inevitable, pues ya se sabe que la profundidad en el tratamiento de un tema está reñida con su extensión.

El libro consta de dos partes desiguales. Tras unas páginas iniciales para plantear el estado de la cuestión y pasar brevemente a los estudios previos (pp. 13-17), en el primer capítulo (pp. 18-54) A. considera algunos de los principales términos griegos que van asociados a las nociones de *Ruhm* y *Ehre* (de significado muy próximo, aunque *Ehre* implica una noción subjetiva o interna de honor y honra de la que carece quizás *Ruhm*) que se propone analizar en su libro. El propósito de este estudio es simplemente liminar, el de servir de orientación para la segunda parte del trabajo, ya más extensa, en la que se utilizan constantemente los vocablos aquí analizados. Pese a todo, y a pesar de que el autor reenvía puntualmente a la bibliografía anterior, es quizás de lamentar que no se haya extendido algo más en esta parte inicial que establece un poco las coordenadas de lo que será la reflexión posterior del uso de estos términos en Isócrates. A. considera 8 términos, de los cuales 4 (κλέος, φήμη, μνήμη y λαμπρότης) le merecen poca atención, pues su uso en Isócrates es muy esporádico (de 4 a 8 veces, según los casos). Más se detiene en términos como δόξα (que Isócrates usa 166 veces), εὐδοκμεῖν (76 veces), τιμή (62 veces) y φιλοτιμία (32 veces) cuya frecuencia habla de su relevancia para Isócrates y confirma lo acertado de un estudio al respecto. El autor ofrece unas definiciones de cada uno de estos términos, a las que acompañan ejemplos sacados de la obra del orador y siguen unas breves conclusiones sobre su uso. Las definiciones son acertadas en general, salvo quizás en el caso de δόξα, donde el autor establece 7 grupos dentro del sentido objetivo (prestigio social, reputación) que predomina en Isócrates frente al subjetivo (opinión sobre algo). A mi entender esta excesiva compartimentación de significados adolece de una casuística excesiva, parecida a la de ciertas gramáticas que consideran inherente al significado de una palabra sentidos que vienen dados por el contexto. Bien es verdad que el autor distingue entre *Anwendungsbereiche* y *Bedeutungsschattierungen*, pero no delimita a mi entender convenientemente ambos campos. En las conclusiones hay pocas novedades, ya que el uso que de estos términos hace Isócrates se ajusta en realidad a lo que es la norma de la lengua de su tiempo. Es por lo tanto correcto afirmar que el término κλέος representa «la fama de los héroes homéricos, de la moral aristocrática y tiene su anclaje en la familia y semejantes, mientras que δόξα es el concepto de la fama de la comunidad, la polis (p. 25)», pero ello no sirve más que para constatar que Isócrates se atiene, como es lógico, al uso de este último. Otras conclusiones resultan obvias: es evidente por ejemplo que la δόξα a veces no es compartida por toda la sociedad. Con todo esta primera parte sirve para establecer las diferencias existentes entre la δόξα personal y formas como εὐδοκμεῖν y τιμή que dependen totalmente del reconocimiento social.

La segunda parte del trabajo consta de cuatro capítulos en los que A. estudia el uso de los conceptos antes definidos. El capítulo dos (pp. 55-67) estudia las implicaciones de *Ant.* 275-285, donde Isócrates expone cuáles son los tres objetivos que según él debe perseguir el ora-

dor y define cada uno de ellos: 1) λέγειν εὖ, 2) πείθειν a los que le escuchan y 3) alcanzar una πλεονεξία o superioridad que nada tiene que ver con aspectos materiales, sino que Isócrates identifica con valores morales de justicia. A. desarrolla las ideas del pasaje sin abandonar demasiado lo que es el texto de las obras de Isócrates y así no se detiene en comparar el uso del verbo πλεονεκτέω asociado a la justicia o injusticia en la *Ant.* y los libros I-II de la República de Platón, una comparación que podría haber resultado ilustradora aun sin haber relación directa entre estas dos obras. El autor en sus conclusiones resalta con razón el papel secundario que para Isócrates asume la retórica a la hora de determinar el éxito del orador, éxito que depende en gran medida de factores externos como son su propio prestigio y su virtud, lo que establece una estrecha relación entre δόξα y ἀρετή que constituye uno de los pilares del pensamiento isocrático. En el capítulo tres (pp. 68-87) se analiza el *excursus* que Isócrates dedica en *Ant.* 101-139 a la figura de Timoteo, discípulo de Isócrates y prestigioso general cuya caída en desgracia fue uno de los sucesos que más marcó al orador ya que con él se rompió la estrecha relación entre δόξα y ἀρετή. A. hace ver cómo Isócrates destaca los servicios de Timoteo al servicio de su polis y justifica por su μεγαλοφροσύνη su incapacidad para conseguir ganarse amigos y el apoyo del demos, aspectos fundamentales en toda persona (y político) que quiera obtener el prestigio que se merece por sus actos, tal como se declara en *Ant.* 99. La φύσις de Timoteo no pudo corregirse con las enseñanzas morales que Isócrates le dirigió, lo que hizo en cierto modo inevitable su final pese a los numerosos beneficios que había aportado a Atenas. Vemos pues cómo Isócrates comprende que el reconocimiento social no se concede sólo por los simples actos a favor de la comunidad, tal como debería ser lo δίκαιον, sino que depende de otra serie de factores determinados por la naturaleza humana.

En el capítulo cuatro (pp. 88-131) analiza A. la relación que existe en la obra de Isócrates entre el prestigio y la ambición de conseguirlo. En el párrafo inicial reseña el autor un interesantísimo pasaje en *Ant.* 217 en el que Isócrates declara que todo lo que los hombres ambicionan es ἡδονή, κέρδος y τιμή, pero relega a una nota (n. 1, p. 187) los paralelos existentes en otros autores griegos (como Aristóteles, *EN* 1095a) sobre esta escala de valores, que merecería haber ocupado un espacio central en el libro, ya que se trata de una expresión usual que habla de la importancia que los griegos concedían a la τιμή, ausente p. ej. de nuestro proverbial «salud, dinero y amor». En la primera parte de este capítulo (pp. 89-97) comenta A. diversos pasajes en los que Isócrates matiza la idea tradicional de que la fama va asociada a grandes acciones. El orador considera que la simple acción no acredita tanto a la fama como la finalidad para la que esta acción se concibe, lo que le hace valorar las hazañas de Teseo en la *Helena* por encima de las de Hércules, ya que las de éste fueron realizadas para su propio beneficio y por encargo de Euristeo, mientras que Teseo obró por propia iniciativa en favor de Atenas. Isócrates habla incluso en la *Ep. II* de una φιλοτιμία ἄκαιρος cuando va dirigida a empresas improcedentes, una expresión sin duda crucial y que liga el concepto de τιμή con el de καιρός, otra de las palabras recurrentes en Isócrates: de nuevo A. no saca partido a esta relación, aunque aludirá expresamente a ella en la p. 130 (en las pp. 126-127 cita el importante pasaje de *A Filipo* 128, pero sin mayor comentario: χρῆ δὲ τοῦς μείζονος δόξης τῶν ἄλλων ἐπιθυμοῦντας περιβάλλεσθαι μὲν τῇ διανοίᾳ τὰς πράξεις δυνατὰς μὲν, εὐχρῆ δ' ὁμοίας, ἐξεργάσεσθαι δὲ ζητεῖν αὐτὰς ὅπως ἂν οἱ καιροὶ παραδιδῶσιν). Como resultado de este apartado se comprueba la intelectualización a la que Isócrates somete la idea de prestigio so-

cial, que relaciona con conceptos como φρόνησις, σωφροσύνη, δικαιοσύνη o εὐσέβεια. En el segundo apartado del capítulo (pp. 98-131) se estudia la caracterización del φιλότιμος en Isócrates a partir de las figuras de Evágoras, Nicocles y Filipo y los consejos que a estos dos últimos dirige el orador. Isócrates propone a Heracles como modelo de Filipo (pp. 124-127), algo que, como ya reconoció antes A. al tratar la imagen de este héroe frente a Teseo, era inevitable, dado que a Heracles hacía remontar su linaje el macedonio. Como ya se dijo, Heracles no es el modelo de héroe para Isócrates, pero éste sabe moldearlo ahora de acuerdo con sus ideas para que sirva de referente a Filipo. Está por discutir en qué medida la imagen isocratea de un Heracles justo, sensato y benefactor de Grecia es de verdad novedosa como proclama el orador, un aspecto en el que A. no toma partido claro (cf. pp. 94-95) y sobre el que sería urgente realizar una investigación. Las conclusiones más importantes del capítulo pasan por el hecho de que la φιλοτιμία, tal como está descrita en los personajes analizados, es un fenómeno individual pero que Isócrates pretende someter a las necesidades de la polis.

En el capítulo quinto (pp. 132-158) se considera la caracterización que hace Isócrates de su labor como educador y del prestigio que asocia a ella y que determina su condición de ἀνὴρ φιλότιμος. El autor alude en la introducción a esta parte a la «vanidad» de Isócrates como un topos de la crítica, aunque no hace un intento serio de corregir esta visión parcial. A. descubre que algunos de los personajes alabados por Isócrates en sus obras asumen rasgos del propio orador, lo que desarrolla sobre todo al hilo de las figuras de Heracles y Agamenón (de este último hace en las pp. 144-145 algunas apreciaciones que coinciden en gran medida con las que yo mismo realicé independientemente en *Emerita* 64, 1996, p. 155). A. observa que Isócrates proyecta sus ambiciones como orador en el ámbito de la antigua πάτριος πολιτεία, pero no analiza la posición política de Isócrates en la Atenas del s. IV. Siguen unas palabras sobre la identificación a ojos de Isócrates del prestigio cultural de Atenas con su propia labor.

Las notas, una completísima bibliografía y los índices de pasajes y palabras cierran la obra, que destaca sobre todo por el método riguroso y por la hábil conjunción de pasajes sacados de los discursos de Isócrates con vistas a reconstruir las ideas del orador (que no parecen haber cambiado mucho a lo largo de su vida - aunque este es un punto que merecería también investigarse, ya que el énfasis en la δόξα parece crecer en el orador a partir del proceso de la antítesis). El libro es un punto de partida básico para futuras investigaciones y contiene muchas reflexiones aisladas de gran valor que no ha sido posible reseñar aquí y que son sólo apreciables para aquel que se acerca a la interpretación de un pasaje concreto.

JUAN SIGNES CODOÑER

AMATO, EUGENIO – *Studi su Favorino. Le orazioni pseudo-crisostomiche*. Salerno, Edisud, 1995.

El libro que nos presenta aquí Eugenio Amato, que se califica a sí mismo como «giovane studioso», es una recopilación de estudios críticos sobre los dos discursos que se nos han conservado íntegros de Favorino de Arlés, un autor de la segunda sofística, contemporáneo de



Adriano al que los estudiosos han prestado hasta ahora escasa atención. Se trata de la *Corinthiaca oratio* y el *De fortuna*, conservados ambos en el interior del *corpus* de discursos de Dión Crisóstomo que fue su primer maestro en Roma cuando Favorino llegó de la Galia. Amato desgrana unos pocos datos sobre la vida de Favorino en su «prefazione» (pp. VII-XVI), sin ofrecernos una verdadera biografía. Su interés es sólo el texto de las obras, que se propone editar en breve para *Belles Lettres*. El primer apartado del libro es un estudio sobre la tradición manuscrita del discurso a los corintios («La Tradizione Manoscritta del Κορινθιακὸς λόγος di Favorino d'Arelate», pp. 1-39). El autor colaciona mss. desconocidos a los anteriores editores pero que no aportan especiales novedades, aunque confirman alguna conjetura menor y proporcionan al editor más elementos de juicio. Amato enumera los mss. existentes, sin ofrecernos una descripción detallada y pasa enseguida a catalogar las variantes que presentan respecto a la edición de Barigazzi, cuyo aparato crítico, claramente deficiente según revela el autor, suple desde ahora su listado. A partir de ahí Amato elabora un *stemma* nuevo (p. 25), que está debidamente justificado en sus ramas inferiores, aunque parte de una división de la tradición en dos ramas, *g* y *e*, que Amato no se molesta en fundamentar pues «resulta evidente». La idea de que el arquetipo es un ms. de los discursos de Dión Crisóstomo que estuvo en posesión de Focio en el s. IX (nota 12, p. 34) se basa simplemente en que el patriarca declara haber leído a este autor en su *Biblioteca* (cod. 209). Se parte así de una simplificación de los hechos muy usual entre los filólogos clásicos cuando se acercan a Bizancio: la de pensar que no había más mss. en Constantinopla que los que estaban en posesión de Focio (que sólo habla de varios mss. de un autor cuando éstos presentan divergencias, como en el famoso caso de las dos ediciones de Eunapio de Sardes, cod. 77). Más interesante habría sido que el autor siquiera se plantease el modo y el momento en el que estos dos discursos de Favorino llegaron a incorporarse al *corpus* de obras de Dión Crisóstomo, y cuál pudo ser el motivo de que otros discursos del orador, como el *De exilio*, tuvieran una transmisión diferente (cf. Suda s.u. Φαβωρῖνος). La formación de *corpora* de oradores en los que se incluyen obras de continuadores o coetáneos es un fenómeno conocido desde Demóstenes y no ajeno a otros autores de la segunda sofística.

Es el segundo apartado del libro («Nuove note critiche alle orazioni *Corinthiaca* e *De fortuna* di Favorino», pp. 41-80) el que reclama sobre todo nuestro interés. En él se analizan casi una treintena de pasajes problemáticos de los dos discursos de Favorino. El autor sigue, como él mismo declara, un criterio «prudentemente conservatore», es decir, limita la conjetura a casos desesperados, cuando no puede sacarse sentido alguno a la lectura transmitida. De esta forma, rechaza conjeturas gratuitas de editores anteriores que no habían llegado a entender bien el sentido del texto transmitido. Sin embargo el autor no se atiene en un par de casos a la economía crítica que predica. En *Cor.* 13 (pp. 53-55) Amato analiza unos hexámetros de la Sibila Herófila citados por Favorino, cuyo primer verso está claramente corrupto, puesto que no tiene ningún sentido y no encaja métricamente: ὦ δαίμων τι τῷ δέος, ὄλβιος ἀχίην es la lectura de *M*, el mejor ms., mientras que el resto de la tradición presenta ὦ δαίμων τι τοι ὦδε ὄς, ὄλβιος ἀχίην. Amato rechaza esta última lectura, con razón podemos añadir nosotros, pues da la impresión de ser una corrección de la primera: regularización en δαίμων del vocativo anómalo δαίμων, y sustitución de τῷ por τοι, que sonaban igual a los oídos griegos hasta el siglo IX d.C. (Años puede decir esto algo sobre la transmisión del texto que el autor deriva de

un arquetipo original del IX en posesión de Focio?). El sentido de esta versión parece oscuro por más que Naogeorgius en el XVII se esforzó en traducirlo con un «*O Deus, hic rerum tibi quid? felix ...*». Amato parte pues de la lectura de *M* para proponer su conjetura: ὡς δαίμονά σε τῶ, εὐδῖος ὄλβιος ἀύχην. La propuesta me parece inaceptable, no sólo porque introduce nada menos que siete cambios en el texto transmitido, sino porque además, en contra de lo que inexplicablemente afirma el autor, el verso reconstruido no encaja métricamente. Me parece más lógico partir de una conjetura de Arnim, que veía en τῶ δέος una corrupción de πιτωδῶος. Dado que cualquier reconstrucción del verso pasa necesariamente por postular una laguna (el propio Amato suple εὐ- en εὐδῖος), propongo simplemente leer ὦ δαίμων <ἄλσους> πιτωδῶος, ὄλβιος ἀύχην, («Oh demon del bosque de pino ...») siguiendo un pasaje de Estrabón (VIII 380, el propio Amato lo cita), en el que se habla precisamente de un bosque de pinos (ἄλσει πιτωδῶει) en torno al templo de Poseidón junto al que se celebraban los juegos ístmicos a los que aluden los hexámetros siguientes. En otro caso, *Cor.* 28-29, Amato aplica la conjetura sin necesidad. Favorino se refiere a las críticas que podrían hacerse al hecho de que se erigiera una estatua al sofista Gorgias y en las que él no va a entrar, una clara *praeteritio*. Escribe (ed. Barigazzi): Πολλὰ ἄν τις ἔχοι εἰπεῖν ὑπὲρ τοῦ μὴ δεῖν Γοργίαν τὸν σοφιστὴν ἐν Δελφοῖς ἐστᾶναι, καὶ ταῦτα μετέωρον καὶ χρυσοῦν. Γοργίαν λέγω; ὅπου γε καὶ Φρύνην τὴν Θεσπιακὴν ἔστιν ἰδεῖν, ἐπὶ κίονος κάκεινην ὡς Γοργίαν. Amato p. 60 considera que el interrogativo Γοργίαν λέγω (otros mss. leen Γοργίαν τί λέγω) no es comprensible donde está, pero ello es debido a que entiende como local el οἴρου siguiente, como si el autor dijese que es posible ver la estatua de Gorgias donde se levanta la de Frine de Tespias, una famosa hetera del siglo IV a.C. para la que Praxíteles fundió una estatua en Delfos. Por ello transpone el Γοργίαν λέγω al principio del pasaje, que traduce del siguiente modo (p. 121): «Che dovrei dire allora di Gorgia? Si potrebbero dire molte cose riguardo al fatto che Gorgia il sofista no dovesse avere una statua a Delfi, e per giunta enorme e tutta d'oro, là dove é possibile ammirare anche la statua di Frine di Tespi, lì sul pilastro come quella di Gorgia». En realidad tal transposición no es necesaria, ya que οἴρου tiene también un valor próximo al temporal que conviene muy bien al pasaje: «¿Gorgias digo, (o bien, siguiendo la variante de la tradición, quizás derivada: «¿Qué digo Gorgias ...») cuando es posible ver incluso a Frine de Tespias también ella sobre una columna como Gorgias?». El resto de las propuestas de Amato se ajusta a la lógica prudencia del editor. Sólo realizaré por lo tanto algunas sugerencias: *Cor.* 19: pienso que no debe suprimirse sin más el τῶν ἐκ Σικελίας que cierra el periodo, pues quizás Favorino quería indicar que nadie de los de Sicilia había expulsado (ἐξήλασεν) al tirano Dioniso, el cual abandonó la isla ὑπόσπονδος, tal como nos testimonia Diodoro Sículo 16.70.1; *Cor.* 42: propondría suplir no <ἀλλ' τοῦ>τους ἐξ ἐκείνου, como propone Amato (pp. 62-63), sino, si acaso, simplemente <ἀλλὰ> τοὺς ἐξ ἐκείνου; *Fort.* 9: me parece que no hace falta corregir el ὁ Ζεὺς ἢ Τύχη de los mss. en ὁ Ζεὺς <ἐνθεν> ἢ Τύχη (pp. 65-66) puesto que la equivalencia entre ambas divinidades podría hacerse sencillamente con un ὁ Ζεὺς ἢ Τύχη; *Fort.* 17: la omisión de ἄν ante una palabra que empieza por alfa como ἄλλος, tal como postula acertadamente el autor (p. 68), es un hecho muy frecuente en los mss. (cf. por ejemplo en J.M. STAHL, *Kritisch- historische Syntax des griechischen Verbuns*, Hildesheim 1965, pp. 299-300).

El tercer apartado («Due Codici inesplorati di Dione Crisostomo», pp. 81-106) describe,

también de manera incompleta, las características de dos mss. toledanos con obras de Dión, el *Toletanus Gr.* 101.16 (siglo XV) y el *Toletanus Gr.* 101.13 (siglo XVI). Del primero de ellos, Amato colaciona *Cor.* y *Fort.* de Favorino y otros dos discursos de Dión (el X y el LXXIX). Del segundo colaciona las variantes que presenta de los discursos XIX, XVIII, XXI, XXII y XIII de Dión. Sigue una utilísima bibliografía sobre Favorino desde 1966 (pp. 107-110), la traducción al italiano (incorporando las conjeturas del apartado dos) de los discursos *Cor.* y *Fort.* (pp. 111-138) y finalmente la traducción al latín de la edición veneciana de 1685 realizada por Naogeorgius (pp. 139-164).

JUAN SIGNES CODOÑER

GREGORIO NACIANCENO – *Gregor von Nazianz: Mahnungen an die Jungfrauen (Carmen 1, 2)*. Kommentar von F. E. ZEHLES und MARÍA JOSÉ ZAMORA. Paderborn, F. Schöning, 1996.

Esta primera edición comentada del poema de Gregorio *Preceptos a las vírgenes* (1.2.2 en la clasificación de la Patrología Griega de Migne) forma parte del proyecto que sobre el Nacianceno se lleva a cabo en Paderborn, y que ya ha dado a la imprenta otros comentarios a los poemas *Contra la soberbia* (1.2.25, comentado por M. Oberhaus) y el *Debate entre el matrimonio y la virginidad* (1.2.1, vv. 215-732, comentado por K. Sundermann), ambos editados en 1991, aparte de otros volúmenes que presentan colaciones nuevas de los textos de algunos discursos de dicho autor (*Orationes* III, IV y V). La parte central de la obra es, por supuesto, el comentario mismo a los versos del poema (1-689), pero ello no impide que las secciones anteriores constituyan un precioso material para el que estudia esta parte de la producción gregoriana. De hecho, sin la cuidada introducción debida a Martin Sicherl, muchas cuestiones no habrían sido tratadas. Dicho especialista se ha dedicado a los aspectos generales, complexivos, del poema, así como a su transmisión textual. En ella, efectivamente, trata en tres partes sobre la doctrina de la virginidad en Gregorio, la estructuración del poema y su forma o estilo. Anteriormente hay un prólogo del editor, el propio Sicherl, otro de María José Zamora a los versos que ella comenta (355-689) y una bibliografía en la que quedan recogidas las obras de consulta abreviadas, obras de comparación mencionadas sobre la virginidad, el modo de citar las obras de Gregorio de Nacianzo, del Niseno y de Filón, así como las abreviaturas de las revistas especializadas.

Hablando ya de las características del comentario, una característica de los volúmenes de Oberhaus y Sundermann que se ha conservado en éste es la de que previo a cada sección, subsección y subdivisiones ulteriores exista un resumen del argumento en ese punto, lo que favorece el seguimiento del desarrollo del pensamiento gregoriano: los dos autores del comentario llevan a cabo una constante labor de desmenuzamiento del texto apto para detenerse en cada detalle.

Por otro lado, los comentaristas procuran no repetir los rasgos de estilo u otras características del texto del Nacianceno para no resultar prolijos y lograr una uniformidad y la máxima fluidez en la lectura. Con el fin de que el lector no pierda ningún detalle respecto a di-

chos rasgos o características hacen uso de referencias de avance (aunque éstas más raramente) y de retorno. Hay también envíos a la introducción, donde, como hemos dicho, se trabaja cuestiones que no se tratan en el comentario. Cada apartado del comentario está concebido como un todo, cual es característico en las obras de consulta bien estructuradas, es decir, que aun a riesgo de multiplicar referencias y hastiar en una lectura continua, se remite siempre que se puede a otros pasajes de la obra en que se trata de una cuestión con más detenimiento o por vez primera. Este tipo de referencias resulta muy útil a la hora de consultar pasajes o versos concretos, como es natural. Los comentaristas auxilian también al lector con la sintaxis gregoriana, que a veces se hace oscura. Además, el estudio acerca de la métrica del poema no ha sido descuidado. En efecto, aparte de las referencias en el interior de los apartados del comentario (en especial la estructura de cada verso notable, dependiente de la distribución de las cesuras), se ha continuado con la costumbre de colocar asteriscos a todo lo largo del comentario. Se indica mediante la adición de dicho signo las palabras y fórmulas («Junkturen») que se encuentran en la misma posición de verso dentro de la obra poética del Nacianceno y de otros autores de la literatura griega. En algunos casos se informa de esta característica formular por medio de la expresión «in gleicher Sedes ...». Igualmente, se ha añadido un asterisco antes de la palabra o grupo de palabras que constituyen conjeturas divergentes del texto de la edición de la *PG* de Migne. En la parte final del libro, la que recoge los índices, se agrupan todas las conjeturas (*Register 1*). La transmisión escrita es solamente atendida cuando hay problemas en las lecturas de los códices.

Ya en el interior de cada apartado, destaca la atención dedicada por los comentaristas al estilo poético de Gregorio y sus antecedentes: Homero, Hesíodo (con menos frecuencia otros autores) ...; destacan los Padres, Apologetas y otros autores cristianos; los Setenta y el Nuevo Testamento, por supuesto. En este sentido utiliza Gregorio las fórmulas de la poesía épica, su vocabulario inveterado, sus tropos y figuras, todo lo cual es objeto de un comentario lingüístico y estilístico de los comentaristas en no pocas ocasiones. Una contribución interesante dentro del estudio de la tradición literaria griega en la que Gregorio de Nazianzo se encuentra es la paremiografía, esto es, los proverbios o dichos de sabiduría popular, que tienen a veces un origen literario. El recurso a las sentencias populares confiere mayor viveza al relato del Nacianceno. Es el caso del δεύτερος πλοῦς o «segundo periplo» al que alude el verso 416.

Asimismo, el pensamiento del autor es relacionado con el de la filosofía anterior a él, muy especialmente Platón, los estoicos, la diatriba y los neoplatónicos, para todo lo cual la bibliografía específica es abundantísima y constantemente citada. La remisión a las obras, tesis doctorales y revistas de temática patristica y teológica, en especial las de los últimos años, es también continua. Es impresionante el cúmulo de citas en griego -- muchas más que las latinas -- que pueden ser aducidas para las relaciones que los comentaristas desean y deben establecer; sólo es preciso contemplar un par de páginas para percatarse de la gran competencia que caracteriza a estos especialistas; así, por ejemplo, en el apartado del v. 29, donde se concentran hasta diez citas con fragmentos textuales. Aun corriendo el riesgo de demorar la lectura a causa del esfuerzo de traducción de dichos pasajes, los pasajes sucesivamente comentados adquieren una importancia inigualable en cada momento, puesto que son colocados bajo la luz de muchos focos diferentes y realizados mediante las comparaciones, los antece-

dentes, el estudio del estilo ... Ningún detalle parece pasar inadvertido. Tal vez podría haberse descargado la caja del texto utilizando notas al pie. En todo caso, la multitud de citas en griego y latín enriquece el estudio de manera notabilísima, puesto que sitúa a san Gregorio en el centro de una tradición de la sabiduría helénica que comienza en la épica homérica, llega a él, lo rebasa incluso y se traslada a los Padres posteriores y aun más allá; o bien lo colocan en oposición a otras corrientes de pensamiento. Estas citas forman una parte fundamental del comentario y acaban siendo punto de partida de estudios más pormenorizados sobre la tradición patrística y los rasgos de la literatura del Nacianceno. Las referencias latinas, por su lado, no se encuentran ausentes, e incluso se acercan al número de testimonios en griego algunas veces. Con la aportación de textos, los comentaristas se proponen hacer ver -- y lo consiguen -- que el autor del poema compite con las producciones literarias contemporáneas en brillantez y estilo lírico y que posee una cultura poética y literaria en general excelente, como corresponde a una persona de su rango, obligada por ello a sentar una doctrina inequívoca para sus feligreses. Se hace patente de cuando en cuando la referencia a pasajes de obras muy conocidas por los especialistas en Patrística, pero cuya rememoración resulta muy útil. Es el caso de los Evangelios, los cuales están mencionados constantemente por Gregorio Nacianceno en su obra y, particularmente, en los *Praecepta ad uirgines*.

En todo momento puede observarse una «asepsia científica» en los comentarios de los autores de esta edición, que se agradece especialmente por ser el estudio de una obra de espiritualidad. Se observa el alejamiento debido, la falta de apasionamiento, por consiguiente, aunque a veces el tema del poema lleva a los autores del comentario a hacer teología o historia. En esas ocasiones, hallamos a veces pormenores que suenan sorprendentemente nuevos en las explicaciones de los autores. A propósito de esto, la homogeneidad que puede observarse entre las dos partes trabajadas por F. E. Zehles y M. J. Zamora resulta notable. El estilo y cualidad científica del comentario no sufren variaciones apreciables, si acaso una leve disminución en la extensión de los apartados dedicados a los versos, necesaria si contamos con la precedencia de muchas ideas en el apartado estudiado por Zehles, que luego van siendo reiteradas, y a las que Zamora va remitiendo, por lo general. El tono se mantiene, pues, en especial en lo tocante a la bibliografía y a la aportación de textos -- sean o no del Nacianceno -- relacionados con los pasajes que se van estudiando. Una característica común que poseen todos los buenos comentarios a las obras literarias griegas es la concisión, dada la relativa escasez de espacio para extenderse en demasía sobre una cuestión individual. En el caso del comentario de Zehles y Zamora, en concreto, aunque bien es cierto que a veces el afán de abreviar somete al lector a una sobrecarga de información en cada apartado (en especial de textos griegos relacionados de algún modo con cada idea comentada), las resumidas explicaciones que hay en él (históricas, lingüísticas, filológicas, teológicas, de crítica textual y demás) resultan certeras y buscan agotar la cuestión sobre la que se fijan; para la ulterior información, como es natural, remiten a la bibliografía, que procuran exponer con la ayuda de abreviaturas y referencias cruzadas. Como resultado, por tanto, la exhaustividad se hace general a lo largo de todo el comentario, de manera que en un mismo apartado puede ser hallada cuanta información sea precisa para un entendimiento complexivo pero detallado del verso o versos tratados. Uno de los ejemplos más relevantes de ello es la exposición acerca de la concepción trinitario de Gregorio de Nacianzo, en las últimas páginas del comentario.

Sin embargo, hay alguna deficiencia poco comprensible. Los autores parecen sorprendentemente desconocer la ingente obra de organización llevada a cabo por J. Mossay, B. Coullie y C. Detienne, las concordancias del *Thesaurus Sancti Gregorii Nazianzeni*, tomo II (*Carmina, Christus Patiens, Vita*), Brepols, Corpus Christianorum, 1991, editadas, por tanto, cinco años antes de la obra que estamos reseñando. Aun en el caso de que las conociesen y no las hubiesen usado, creemos que su presencia en el elaborado apartado que dedican a la bibliografía habría sido no sólo útil sino también necesaria. Otras son deficiencias menores, como el uso indiscriminado de dos abreviaturas distintas de una misma referencia: en las pp. 106-107, tenemos a la izquierda «alttl. Inhalts» (para abreviar «alttestamentlichen»), a la derecha «neutestamentl. Sprachgebrauch» (y a la izquierda, «ntl.-christl.», para significar «neutestamentlich-christlich»). O bien, en la remisión a pasajes del propio poema estudiado, usar tanto referencias sencillas (el solo número de verso, o la expresión «zu 352», por ejemplo), como otras más complejas que suelen servir para referirse a otras partes de la obra de Gregorio (1.2.2.352, por ejemplo, cuando sabemos que se está comentado el poema 1.2.2).

JORGE MARTÍNEZ DE TEJADA

*Orazio: umanità, politica, cultura. Atti del Convegno di Gubbio, 20-22 ottobre 1992*, a cura di A. SETAIOLI. Perugia, 1995.

Se nos ofrecen en este volumen las doce conferencias pronunciadas en octubre de 1992, en Gubbio, por ilustres filólogos en torno a la obra de Horacio para conmemorar así el bimilenario de su muerte. Los autores son mayoritariamente italianos, aunque también hay representantes de otros países europeos, sin que falten los españoles.

Comienza Giancarlo Mazzoli hablando sobre «Italià oraziana» (pp. 7-22). En su intervención se van hilvanando oportunamente los textos en los que el poeta (que se definía como *Lucanus an Apulus anceps*) deja traslucir – al margen de su ocasional helenismo – su dimensión itálica, expresa no sólo en términos geográficos sino especialmente en determinados rasgos y virtudes del carácter itálico que son valorados positivamente.

Nicholas Horsfall escribe sobre «Orazio e la conquista del mondo: problemi di ideologia e di metaforica» (pp. 23-34), destacando las alusiones horacianas a campañas romanas de conquista y tratando de fijar con sagacidad crítica los límites del compromiso político del poeta.

Nuestro colega Enrique Otón Sobrino ha contribuido a este homenaje con un estudio titulado «Horacio y el sentido de lo efímero» (pp. 35-40), en el que subraya y comenta, con una amplia y lúcida perspectiva filosófica, esta constante tan importante de la personalidad y la poesía de Horacio, auténtico motor e impulso creador de muchas de sus mejores piezas.

Carlo Santini se refiere en su aportación a un aspecto más concreto: «Due ipotesi sull'identità di Cassius Etruscus (Hor., *sat.* I 10, 61-64)», explorando sobre quién pueda ser el personaje así llamado en ese lugar horaciano, y concluyendo que, aparte de la tradicional identificación con Casio de Parma, este autor, al que se le reprocha su excesiva fecundidad

literaria, podría ser el analista Casio Hémina, o tal vez un Casio mencionado por Varrón.

Aldo Setaioli, editor del volumen, ha escrito una magnífica contribución acerca de «Orazio e l'oltretomba» (pp. 53-66). El mundo del más allá es un tema muy vinculado a esa continua obsesión del poeta por el fenómeno de la muerte: denominaciones míticas del más allá, geografía y personajes que lo habitan, incoherencias esporádicas en la presentación de dichos personajes y nociones, pesimismo del poeta al respecto, son los aspectos que aquí se analizan.

En torno a las *Epístolas* versa la contribución de Italo Lana («La ricerca della coerenza nel primo libro delle *Epistole*», pp. 67-83), donde se pone de relieve la lucha de Horacio – explícita en esta parte de su obra, ya en su edad madura – por resolver sus íntimas contradicciones, por aceptarse a sí mismo tal cual era, por encontrar el equilibrio y la felicidad.

Michael von Albrecht diserta sobre «Orazio e la musica» (pp. 83-88), y se detiene en un punto tan interesante como es la controversia acerca de si las *Odas* estaban o no destinadas a ser cantadas, revisando testimonios antiguos y analizando los datos con extramado rigor, para responder afirmativamente a dicho interrogante.

Otra compatriota nuestra, la profesora Dulce Estefanía, es autora del estudio titulado «La amistad en la obra de Horacio» (pp. 89-99). Añade en él nuevos puntos de vista a un trabajo previo suyo sobre este mismo asunto, y pondera debidamente las implicaciones del tema amical con otros tópicos de la poesía horaciana, perfilando así una sugestiva lectura del poeta.

Como se ve, todas estas contribuciones se detienen en análisis literarios de la obra horaciana, tocando casi exclusivamente aspectos del contenido. Nada hay relativo al estilo o a la arquitectura de los poemas o de los conjuntos poéticos, asunto éste que tanta tinta ha hecho correr en las décadas precedentes. Las cuatro últimas contribuciones se refieren a la recepción y pervivencia de la obra de Horacio, siguiendo así la tendencia hermenéutica actual, muy dada a volcarse en este campo que amplía los horizontes de los estudios literarios.

Así, Rita degl'Innocenti Pierini («Numerous *Horatius*. Aspetti della presenza oraziana in Ovidio», pp. 101-116) persigue la impronta que en la poesía ovidiana dejara nuestro poeta, partiendo del conocido pasaje de *trist.* IV 10, 49-50. Los ecos se muestran más pródigamente en la obra del exilio, según revela el concienzudo análisis de la autora.

Maria Lisa Ricci se ocupa de la huella horaciana en la literatura de los siglos cuarto y quinto («Lettori di Orazio fra il IV e il V secolo», pp. 117-128), deteniéndose especialmente en Paulino de Nola, Claudiano y Prudencio como receptores.

De la presencia de Horacio en Boecio da cuenta Alfonso Traina («Orazio in Boezio», pp. 129-135), presencia que es más lógica en las partes poéticas del *De consolatione*. Distingue convenientemente el autor entre la citación explícita (que aparece alguna vez en las partes en prosa), la imitación métrica, la alusión, para concluir finalmente que «la presenza di Orazio in Boezio rimane modesta (con netta prevalenza delle *Ode*), e in parte contrastiva».

Finalmente, Luigi Quattocchi escribe su trabajo sobre «Orazio in Heinrich Heine e August von Platen» (pp. 137-152), y va hacia adelante cronológicamente en el examen de lo que ha sido la vigencia de Horacio en la posteridad, dejándola clara en estos dos poetas alemanes del siglo XVIII, no sin antes haber esbozado una síntesis panorámica de la fortuna del poeta en la literatura alemana anterior.

Constituye, pues, este libro un valioso conjunto de indagaciones horacianas.

NAZZARO, ANTONIO V. (ed.) – *Omaggio Sannita a Orazio*. S. Giorgio del Sannio (BN), Liceo Classico «Virgilio», 1995. 191 pp.

Este volumen recoge las conferencias de los profesores encargados de participar en las jornadas que con ocasión del Bimilenario de Horacio organizó el Liceo Classico «Virgilio» de S. Giorgio del Sannio. Van precedidas de las intervenciones del Director del Liceo, Mario Pepe, del Subdirector, Mario Liucci y de los profesores Maria Teresa De Angelis y Enrico De Minico, organizadores del encuentro, intervenciones que justifican el mismo subrayando los valores humanos del venusino, la actualidad y modernidad de su refinada poesía y el interés que sus mensajes puede tener para el hombre de hoy (pp. 11-24).

A continuación E. Di Lorenzo en «L'itinerario poetico di Orazio» (pp. 29-67) nos ofrece un denso recorrido por toda la obra del poeta, con el que intenta eliminar la imagen convencional y reductiva que se ha dado de él considerándolo solo poeta augústeo o separando al Horacio lírico del satírico. Por eso le parece «più coerente e fecondo di resultati» el estudio de su «itinerario poetico» en el que es posible ver al poeta en relación con sus modelos, examinar las relaciones entre su obras, su evolución y unidad. Como en cualquier trabajo de conjunto de este tipo se advierten ciertos desequilibrios: el autor presta más atención a *Epodos* y *Sátiras* que a *Epístolas* y *Odas*. De todas formas es comprensible ya que no es fácil dar cuenta cabal de la poética horaciana y de la complejidad de su lírica en tan pocas páginas.

Tras este ensayo introductorio entramos en contribuciones referidas a aspectos más concretos y ceñidos de la obra horaciana. A. De Vivo escribe sobre «Orazio e la guerra civile» (pp. 71-116) a partir de los poemas en los que el poeta reflexiona sobre ella y la condena sin concesiones, desde los epodos VII y XVI (año 39-38) hasta la última de su odas romanas (años 29-25). La conversión augústea del poeta, su amistad con Mecenas y Augusto, no le llevó a olvidar nunca que la paz augústea había surgido de una guerra civil, un drama del que las generaciones futuras debían guardarse. El A. subraya el parentesco entre la amargura expresada por el poeta en sus epodos más tempranos y el pesimismo de la Historiografía tardo-republicana. Que después Horacio estuviera de acuerdo con el programa de regeneración augústea no supuso ni adhesión servil al mismo ni un cambio de actitud con respecto a su propio pasado, como demuestra que aún en *Epist.* II 2, 46 ss. (año 18) evoque su participación en Filipos, un episodio que la propaganda oficial intentaba ocultar.

Una vez más hemos de apreciar el esfuerzo de síntesis realizado por el A. para presentar un tema amplio en el que es difícil tratar la actitud del poeta ante la guerra civil sin discutir el controvertido tema de su adhesión al programa augústeo. Quizás por eso resulta más satisfactoria la primera parte del artículo, dedicada al análisis de los primeros poemas civiles de Horacio, especialmente el de *Ep.* VII-XVI y *Ep.* IX-O. I 37, dos parejas de poemas estrechamente relacionados entre sí.

Por último A. V. Nazzaro hace una interesante contribución al «Fortleben» de Horacio en la tardía antigüedad cristiana: «La presenza di Orazio in Paolino di Nola» (pp. 119-161). Re-



curriendo a la Intertextualidad como método de análisis estudia la presencia «viva e operante» de Horacio en Paulino de Nola. Más allá de la tradicional «Quellenforschung», que se limita a buscar *loci similes*, Nazzaro pretende indagar más profundamente el diálogo entre textos de Horacio y Paulino.

El poeta cristiano, tras su conversión, rechaza una y otra vez la poesía profana como falsa y mentirosa y se propone sustituir sus contenidos por la nueva doctrina, llena de autenticidad y verdad; pero su memoria de escolar formado en la poesía de Virgilio y Horacio le traiciona, de manera que incorpora a sus *carmina* y epístolas no pocos hipotextos horacianos. El A. analiza detenidamente cómo los reutiliza Paulino para un propósito generalmente distinto: el poeta cristiano los reinterpreta desde su *fē*; así por ejemplo convierte la invitación a la vida retirada del *Ep.* II en exaltación del abandono de una vida pecaminosa en su *carm.* 7; la inspiración de Apolo y las Musas deja paso a la de un *maior deus* que no es otro que Cristo etc. La presencia de hipotextos horacianos – advierte el A. – añade espesor significativo al texto de Paulino: este, además de rechazar explícitamente la poesía pagana, también connota permanentemente tal rechazo por medio de la incorporación como hipotextos de muchos pasajes de aquella, que niega o de los que se distancia. Así obliga al lector a leer el mensaje del nuevo texto en fuerte tensión o contraposición con el del antiguo, que permanece en él. El rendimiento del método de lectura intertextual es notable y la interpretación que resulta de su aplicación mucho más rica. Este trabajo demuestra cómo también gana en profundidad el estudio de la fortuna de los autores clásicos cuando se va más allá de la mera indicación de fuentes y se indaga la recepción de los mismos y las funciones nuevas que conceptos, imágenes y esquemas retóricos y verbales tomados de ellos, citados o imitados, cumplen en poetas posteriores.

Finalmente para completar su estudio y demostrar la efectividad del método en el terreno de la crítica textual, Nazzaro vuelve a publicar aquí como Apéndice (pp. 162-175) su artículo «Su Paul. Nol. *carm.* 10, 213: intertestualità e critica del testo». El análisis del incipit de Hor. *O.* I 22 como hipotexto del citado verso de Paulino junto con los recursos tradicionales que la crítica textual utiliza para sanear *loci corruptos* – análisis del contexto, del *usus scribendi* del autor etc. – permite fijar el texto con mayor fundamento. Así se cierra de una forma enteramente satisfactoria desde el punto de vista científico un libro, que quizás por el contexto en que nacieron sus colaboraciones tenía una función más de divulgación que de contribución al avance científico y metodológico de nuestros estudios.

ROSARIO CORTÉS TOVAR

TRAINA, A. – *Poete Latini (e Neolatini). Note e saggi filologici.* IV. Bologna, Pàtron, 1994.

El profesor Alfonso Traina nos ha acostumbrado a esperar cada cierto espacio de tiempo su colección de estudios sobre poesía latina. Puntualmente ahora nos llega esta cuarta entrega, que recolecta sus trabajos publicados – en curso de publicación, los menos – durante los últimos siete años, sin más línea argumental que la que une cronológicamente los distintos intereses del profesor italiano: en especial, la poesía fragmentaria, Virgilio, Horacio y el poe-

ta neolatino A. Pascoli (1855-1912). Por razones de economía de espacio – el índice cuenta treinta y cuatro entradas –, describiremos los trabajos más significativos.

Arranca con «Dal Büchner al Dahlman» (pp. 9-20; puente con su anterior «Dal Morel al Büchner», 1985, 1989<sup>2</sup>), apuntes críticos a una serie de artículos de H. Dahlman sobre poesía latina fragmentaria. Los interesados en este campo de la poesía latina habrán de tenerlos en cuenta, pues en la mayoría de los casos Traina sostiene diferentes propuestas, en general más conservadoras que las del alemán. Habría también que añadir otros dos artículos – «'Ed è subito pera': il pranzo» (pp. 37-40) y «*Experdita* ...» (pp. 41-44) –, que se ocupan de criticar o apoya determinadas lecciones en sendos poetas fragmentarios: Pomponio (*maestus ad maenam* frente a *maestus ad menam*, en Pomp. fr. 80 Ribb., respetando la deliberada aliteración inicial) y Varrón Atacino (la consensuada *curis experdita* de Varro At. 7 Morel, frente a la difícil anástrofe *curis ex perdita* propuesta recientemente por su colega A. Lunelli).

La tercera de sus «Note Plautine» (pp. 31-37), serie iniciada en entregas anteriores, versa sobre la expresión *non pedibus termento fuit* (*Bacc.* 929) y la matriz etimológica de *termentum*, que debe buscarse en *ter(g)eo*, no en *tero*, como sostiene un por lo demás atinado trabajo de Moretti.

Los trabajos de argumento virgiliano se abren con «*Soror alma* (Verg., *Aen.* 10, 439)» (pp. 45-52), donde apuesta en este pasaje virgiliano por la comúnmente aceptada alusión a Yturna, hermana del caudillo rútilo, desmontando uno por uno los argumentos de Knauer (1964), que pensaba en Juno. Al anecdótico «*Audentes fortunas iuuat* (Verg., *Aen.* 10, 284)» (pp. 53-58), le siguen dos artículos de mayor enjundia: una crítica – útil complemento por su carácter más bien bibliográfico – al comentario de S. J. Harrison (Oxford, 1991) al libro X de la *Eneida* (pp. 59-74) y un interesante análisis de «El libro XII dell' *Eneide*» (pp. 75-98: el «libro de Turno» giraría en torno a la aceptación por el rútilo de su destino: la muerte heroica en aras de la gloria; tras un apunte de su estructura narratológica a través de los episodios contrapuestos, su análisis sin embargo se reduce a tres pasajes «neurálgicos»: el símil inicial (vv. 1-9) o *incipit*, el consejo de Eneas a su hijo Ascanio (vv. 435-440) o *focus* y la muerte de Turno (vv. 930-952) o *explicit*. Después de un análisis de la presencia íntima del poeta mantuanense en la obra de Pascoli, «uno de sus últimos hijos» («Virgilio in Pascoli», pp. 97-114), cierra el ciclo virgiliano una serie de apéndices que tratan tanto de la valoración de la magna *Enciclopedia Virgiliana* («L' *Enciclopedia Virgiliana*», pp. 115-122; y «Bilancio di un' *Enciclopedia*», pp. 123-138), en la que él mismo ha tenido una importante intervención (son suyas las entradas *Turno*, *Pietas*, *Superbia*, *Violentia* ...), como de un par de reseñas a los trabajos de R. O. A. M. Lyne, *Further Voices in Vergil's Aeneid*, Oxford, 1987 («Le troppe voci di Virgilio», pp. 139-150) y *Words and the poet* ..., Oxford, 1989 («'Parole' di Virgilio», pp. 151-160).

Otro ciclo temático se ocupa, como apuntábamos, de Horacio. El primer ensayo, «Le *Epistole* e l'arte di convivere» (pp. 161-186) – origen de una agria polémica con M. Gigante, que no se queda sin cáustica respuesta en «*In Aristippi praecepta relabor*» (pp. 187-190) – revaloriza la relación del poeta latino con uno de sus maestros confesados, el epicúreo Aristipo, (*Hor.*, *ep.* I 1, 18). En «La linea e il punto (ancora sul *carpe diem*)» (pp. 191-196) entra en amistoso debate con su colega Mazzoli, quien en un reciente artículo y apoyándose en un precedente plautino que no convence a Traina, divergía de él (cf. «Semantica del *carpe diem*», 1973) en la naturaleza temporal de *dies* – frente a *aetas* – en la tópica *iunctura* horaciana.

Tras un agudo comentario de un pasaje horaciano inadvertido por la crítica («El pez epico (Hor., *sat.* II 2, 39)», pp. 197-204), Traina concluye esta serie de artículos con un análisis sobre la influencia de «Orazio in Boezio» (pp. 205-214).

A dos observaciones sobre determinados pasajes de poesía cristiana (el anónimo *Carmen de Iona*, 29, pp. 215-218, y Rosvita, *Pafn.* 12, 5, pp. 219-224), sigue la última serie temática, integrada por trabajos sobre poetas neolatinos, renacentistas y modernos, en los que el gran filólogo italiano reafirma su interés por la cada vez más explotada mina de un latín periférico hasta hace bien poco preterido, cuando no denostado por cierto sector miope de la crítica actual. Así, al alegrarse de la reedición del libro de Raimondi, *Il Codro e l'Umanesimo a Bologna*, 1950, 1987<sup>2</sup> (pp. 233-237), no sólo piensa en la actualización del interés por un humanista merecedor de mejor suerte, como Antonio Urceo, «el Codro» (1446-1500), autor de silvas y de versos goliárdicos, sino que focaliza la presencia de la herencia medieval en el latín humanístico. En «Un umanista risuscitato ...» (pp. 239-248) celebra – en cuanto se rescata un latín «testimonio de su tiempo» (p. 240) – la *editio princeps* de la *Gigantomachia* de Fabio Barignani (1532-1584), olvidado autor de poesía y de un epistolario italiano. Su poema épico en cuatro libros y más de 3.500 hexámetros guarda la sorpresa de cantar el socorro que prestan los caudillos italianos contemporáneos a los dioses olímpicos acosados por Titanes, Gigantes y Centauros.

Por último, treinta y cinco años de continua dedicación (recordados en la memoria final «I miei conti con Pascoli», pp. 289-300) avalan la calidad de las observaciones de Traina sobre la obra de Pascoli. Aquí leemos unos breves apuntes a pasajes problemáticos de las *Res Romanae* de Pascoli, como adelanto del comentario que prepara para la B.U.R. («In margine alle *Res Romanae* del Pascoli», pp. 249-258), así como una nueva entrega de sus «Esegesi pascoliane» (pp. 259-280): seis estudios sobre diversos poemas de Pascoli que nos descubren un rico latín moderno en fecundo diálogo no sólo con autores clásicos, sino con otros menos esperados, como D'Annunzio o Baudelaire.

Para finalizar, dos índices, de nombres propios y de vocablos latinos y también griegos, nos facilitan hacer la valoración del libro descrito. Sus diversas entradas (que no temen alinear a Baudelaire con Barignani, Barthes y Beroaldo) reflejan el amplio abanico de conocimientos desplegado desde la poesía arcaica en fragmentos hasta el último poeta latino, pasando por el estro cristiano y renacentista – y siempre con igual autoridad, la que dan el ingenio, el trabajo esforzado y los años – por uno de los grandes filólogos italianos actuales, a quien sólo le deseamos que nunca pueda decir, recordando a Terencio, *satias me tenet studiorum istorum*.

M. A. DÍAZ GITO

DÍEZ DE VELASCO, FRANCISCO – *Los caminos de la muerte. Religión, rito e imágenes del paso al más allá en la Grecia antigua*. Madrid, Trotta, 1995. 198 pp.

El autor de este libro, con buen dominio de los textos antiguos y la bibliografía pertinente, pero también de la iconografía, recogida en dibujos con finalidad documental, hace un

recorrido muy completo por las creencias griegas sobre el viaje al más allá y los ritos conexos. Es un tema bien conocido desde el libro de Rohde, pero hay muchas cosas que añadir o rectificar, hoy en día.

Como dice el autor (p. 18), no se ha conservado ninguna obra cuya finalidad primordial sea narrar ese paso al más allá; pero hay textos literarios, hay una información arqueológica privilegiada procedente sobre todo de los leцитos, podemos añadir conclusiones derivadas del estudio comparativo de las religiones y las literaturas. Y hay hoy día puntos de vista sociológicos que desbordan los presupuestos anteriores.

Un punto de partida lo halla el autor en el estudio de las dos *nekuías* de la *Odisea*: ve una diferencia esencial entre los héroes muertos de la primera, que mantienen su apariencia y memoria humanas, y los pretendientes muertos de la segunda, que chillan cual murciélagos y han perdido su individualidad personal. Aportación interesante, continuada en el siguiente capítulo. Digamos, sin embargo, que Homero está muy incompletamente explorado en relación con el tema del alma y del viaje al otro mundo y los precedentes de todo ello fuera de Grecia.

El tratamiento del tema que interesa al autor, que tiene un fondo social, es continuado, como digo, en el capítulo segundo, apoyado en la iconografía. Aquí la cerámica que representa a Hypnos y Thánatos como portadores del muerto (como en el pasaje homérico sobre Sarpedón), se refiere a hoplitas muertos, equiparados con los héroes homéricos. En cambio, otras representaciones en que intervienen Hermes y, sobre todo, Caronte, dan una idea más democrática y común de la muerte, sea el que sea el origen de Caronte. Lo de democrático hay que entenderlo en sentido amplio, pues el barquero infernal aparece desde el siglo VI en diversas partes del mundo griego.

Es muy interesante la investigación de la evolución de esta iconografía y de cómo, frente al trámite diríamos que vulgar, aparece otras veces Caronte como raptor, la muerte como un drama violento. Diversas concepciones coexistían.

Diferencias más o menos próximas se encuentran también entre representaciones en que junto a la tumba o estela aparece (en muy verosímil interpretación) el guerrero muerto vestido como hoplita y otras en que el alma del muerto vuela como *eidolon* despersonalizado, sea ave o figura alada esquemática. Las primeras representaciones recuerdan al autor el pasaje homérico en que Patroclo muerto se aparece a Aquiles. En las segundas, en cambio, se ha logrado despersonalizar la muerte, cortar radicalmente los lazos entre muertos y vivos. Lazos que hallan su expresión en el culto y creencias sobre los héroes, sobre las que se podrían añadir muchas cosas.

Pero es útil esta visión doble de la muerte, cómo hasta después de la tumba continuaban las diferencias sociales, cómo se difundía una ideología nueva que trataba de cortar, en lo posible, los antiguos lazos de vivos y muertos, favorecidos por las aristocracias. Dentro de esta línea es también interesante lo que se nos dice en el capítulo cuarto sobre la cerámica del banquete, para uso de los nobles: su mezcla de motivos báquicos y eróticos y motivos de muerte, incorporados sobre todo a través de la cabeza de la Gorgona en el centro de la *kylix*.

En este capítulo se incluye el tema de la adivinación, a propósito de Melampo, Tiresias y Branco. Creo que este tema es muy diferente del anterior. Y que la interpretación del papel de la serpiente en esos mitos y en el caduceo de Hermes a partir de ciertas creencias del

tantrismo indio me parece que se desvía de la línea general del libro, que es mucho más segura.

De ahí se pasa, al final de este capítulo y en el quinto, al tema de la muerte en el misticismo griego: en Orfeo, Empédocles y Epiménides y en Platón sobre todo. La verdad es que el tema merecería un estudio más detenido. Pero es importante el análisis de la muerte del iniciado, hecho a partir de textos de Platón y, sobre todo, de las laminillas órficas de oro halladas en Italia. Es un bonito estudio.

Hace ver otro intento griego, distinto de los anteriores, para alejar la muerte. Un intento este individualista y ritualista, moralista también. Fuera, en todo caso, de los límites de la ciudad y de las diferencias de las clases sociales y sus tradiciones.

En un tema que parecía agotado se encuentran, como se ve, cosas nuevas que no sólo interesan a la iconografía, también a la historia social e intelectual del mundo griego. Desde el punto de vista del filólogo es el cuidadoso análisis de la iconografía el que más novedades puede reportar. Es una línea que ya ha producido frutos en España y que produce este ahora. El *Lexicon Iconographicum Mythologiae Classicae*, en el que el autor trabaja, suministra buenos materiales, pero es precisa una investigación detallada en conexión con los textos, como la que aquí se realiza.

El libro se cierra con abundantes notas, que contienen debates sobre cuestiones de detalle; y con dos buenos repertorios, uno bibliográfico y otro de fuentes iconográficas.

F. R. ADRADOS

CONDE, MATILDE – *Introducción a los tratados médicos latinos*. Madrid, Ediciones Clásicas, 1996. X+153 pp.

Inteligentemente dirigida por Alberto Bernabé, la colección *Instrumenta Studiorum* de Ediciones Clásicas, a la que pertenece este libro, va cumpliendo su propósito de ofrecer a estudiantes y curiosos una serie de obras didácticas verdaderamente asequibles por todos los conceptos, en las que se presentan brevemente y con claridad descripciones panorámicas de las diversas ramificaciones superespecializadas de la Filología Clásica. Lo cual es ciertamente muy difícil, y por ello muy meritorio, en los casos como éste, en los que se trata de una materia de gran extensión y complejidad.

No es, en efecto, nada fácil comprimir, para que pueda caber en volumen tan pequeño, todo lo que hay que decir acerca de los tratados médicos latinos, especialmente cuando ha de presentarse en apéndice una antología de textos ilustrativos, y cuando al reseñar cada una de las entradas del catálogo – consta de diez y seis el de los tratados médicos latinos formado por Matilde Conde – debe darse abundancia de citas, acompañadas de sus traducciones si se quiere garantizar que estarán al alcance de los lectores potenciales, a los que no sería prudente atribuirles de antemano un perfecto dominio del latín médico, que no es precisamente claro

y llano.

Para acomodar tanto contenido en tan poco espacio, la autora ha optado por componer un esquema, o guión, de lo que podría ser un curso del tercer ciclo universitario, repartiendo la materia en tres secciones – «Introducción» (pp. 3-11), «Los tratados latinos de medicina» (pp. 12-91) y «Aportación de los tratados médicos latinos» (pp. 92-93) – y aponiendo a éstas una antología de textos (pp. 94-131) y una bibliografía (pp. 132-153) rica y bien estructurada. La sección dedicada a dar noticia de los tratados médicos en latín se subdivide en cinco apartados: «Antecedentes griegos» (pp. 12-27), «tratados de época arcaica y clásica» – Catón, Varrón, otros autores, Celso, Escribonio y Plinio el naturalista, más una nota acerca de la lengua de los escritos médicos de estas dos épocas – (pp. 28-56), «tratados de los siglos III-IV (recetarios)» – Gargilio Marcial, Sereno Samónico, Plinio el médico, Pseudo-Apuleyo y Sexto Plácido – (pp. 57-60), «tratados de los siglos IV-V» – Vindiciano, Teodoro Prisciano, Celio Aureliano, Casio Félix, Marcelo de Burdeos, más una nota acerca de los tratados de esta época – (pp. 60-85), y, finalmente, «traducciones latinas de tratados griegos realizadas en los siglos VI-VIII» (pp. 85-91). A la vista está que el libro, ateniéndose a la orientación de la serie a la que pertenece, presenta un panorama sin lagunas de la materia, de la que hay que esperar que en un futuro próximo se ocupe M. Conde, por entregas o de una sola vez, sin tener que padecer las estrecheces de espacio y los condicionamientos que ha debido sufrir esta vez.

Si el contenido me parece irreprochable, aunque desearía que no fueran tan escuetas las noticias y exposiciones que lo componen, la presentación tipográfica, de la que la autora no es de ninguna manera responsable, es a mi juicio, en cambio, deplorable, falta de gusto y de cuidado, como se pone de manifiesto en la p. 23, donde una cita de Galeno que da noticia de Andrómaco de Creta aparece en la ilegible transliteración del programa de ordenador empleado para ¿componer? el texto, cuya calidad merecía un mayor esmero y respeto.

LOIS C. PÉREZ CASTRO

#### IV – HISTORIA Y SOCIEDAD.

PANTASÍS, VANGELÍS – *Geografía homérica y época homérica. La homerización de la antigua Grecia y el problema de Micenas*. Atenas, Castanioti, 1996.

El libro de Vangelís Pantasís que aquí presentamos constituye una nueva aportación a la investigación homérica. La recreación del escenario geográfico en el que transcurren los poemas y la constatación de las diferencias que separan esta imagen de la actual – ya configurada en el período clásico – lleva al autor a formular una hipótesis cuyas implicaciones afectan a todos los ámbitos de estudio de las epepeyas.

Pantasís sostiene que en tiempos posthoméricos se produjo una homerización de la

EMERITA. Revista de Lingüística y Filología Clásica (EM) – LXV 2, 1997, pp. 321-378

geografía política helena. Según él, entre la época homérica y la antigüedad histórica la destrucción y abandono de muchas ciudades griegas provocó la pérdida de sus nombres. Al finalizar la Edad Media griega y difundirse la *Iliada* y la *Odisea* por todo el territorio de la Hélade, las diversas poblaciones helenas se disputaron la gloria de los lugares celebrados en las epopeyas. Ello hizo que el nombre y la identidad de ciertas localidades célebres, como Pilos, fueran reivindicados hasta por tres ciudades diferentes.

Los topónimos disputados se atribuyeron nuevamente a partir de conjeturas basadas en las descripciones de los poemas. Esta reatribución – en muchos casos errónea – conformó una geografía homérica ficticia que hoy nos enmascara la que vio desarrollarse las grandes gestas épicas. Así, según la teoría de Pantasis, la Itaca, Micenas y Esparta homéricas estarían enclavadas en lugares diferentes a los de la Itaca, Micenas y Esparta del período clásico y de la actualidad.

Y si esta revelación sorprende a los lectores (y defrauda a cuantos en alguna ocasión han visitado con actitud reverente las supuestas ruinas de las ciudades cantadas por Homero), más aún lo hace la explicación con la que el autor justifica la pérdida y el olvido de los topónimos de los poemas.

Después de contrastar las representaciones geográficas de la *Iliada* y de la *Odisea*, Pantasis concluye que ambos poemas pertenecen al mismo período y que probablemente fueron compuestos por la misma persona. Por otra parte, la comparación entre la imagen geográfica recreada a partir de ellos y la de otros períodos de la historia griega le permite averiguar la distancia temporal que las separa. De esa operación deduce una nueva cronología. Según Pantasis, los poemas fueron compuestos a mediados de la edad oscura griega y no en el siglo VIII a. C., como se suele aceptar.

De acuerdo también con esta teoría, la pérdida de los topónimos se produjo cuando los poemas dejaron de ser recitados y se pusieron por escrito. La formulación escrita tuvo lugar durante el medievo, y en una escritura silábica del tipo de la lineal B. Después de varios siglos de olvido se redescubrieron y transcribieron alfabéticamente. Esta transcripción, que data según Pantasis de finales del período oscuro, supuso el comienzo de su difusión. A la escritura silábica original obedecerían determinados fenómenos prosódicos de los poemas: Así por ejemplo, el alargamiento de la sílaba que antecede a dos consonantes parece ser resultado de la intercalación entre ellas de una pseudo-vocal; con ello se habría imitado una práctica propia de la escritura silábica, en la que no se puede representar consonantes aisladas.

Cuando se produjo el redescubrimiento y la transcripción de los poemas, al final del período oscuro griego, Grecia ya había adquirido una geografía política radicalmente diferente de la homérica. Sin embargo, en un intento de asemejarse a su gloriosa imagen pasada, dio nombres homéricos a ciudades que los habían perdido o que no los habían poseído jamás. La reatribución, como ya hemos dicho, partió de conjeturas y a menudo fue equivocada.

Buen ejemplo de ello es el reino de Agamenón, que no se encontraba allí donde lo situamos nosotros, sino en Laconia. La Lacedemonia homérica, por su parte, era la actual Mesenia.

Pantasís lleva a cabo un estudio especialmente pormenorizado de la ubicación de la Micenas homérica, que no coincide con la de la Micenas de Pausanias. En su opinión, ésta última es el Argos micénico y homérico.

La obra que aquí se reseña es en suma un interesante trabajo de investigación histórica que, si bien puede violentar muchas de nuestras creencias, plantea problemas que habrían de ser resueltos y ofrece soluciones cuando menos novedosas a los mismos.

CRISTINA MAYORGA RUANO

SWAIN, S. – *Hellenism and Empire. Language, Classicism and Power in the Greek World, A.D. 50-250*. Oxford, Clarendon Press, 1996. 449 pp.

El tema de que se ocupa este libro es sumamente interesante: se trata de estudiar las actitudes del mundo griego frente al poder de Roma en una época en que se iba recuperando de la anterior inestabilidad y que es previa al otro período de inestabilidad en la segunda mitad del siglo III y a la creación del nuevo modelo de Imperio del siglo IV. Inevitablemente, este tema arrastra otros: el de las diferencias entre las distintas clases sociales del mundo griego y el de las interacciones entre éste y el mundo semítico y egipcio, que formaban el estrato en que aquél se asentaba en Oriente.

Evidentemente, no se puede esperar un estudio completo sobre un tema tan vasto y para el que, de otra parte, nos faltan muchísimos datos. Pero son importantes los dos enfoques aquí usados: uno, el de los niveles de lengua del griego de la koiné por estas fechas; otro, el de las posiciones de personajes muy distinguidos de la literatura (y a veces la política) griega en esta edad.

El autor considera el movimiento aticista, que nació en Roma al fin del siglo I por obra de Dionisio de Halicarnaso y Cecilio de Caleacte, como un intento de mantener la identidad de la cultura griega frente a la romana. El tratar de seguir el ático clásico (aunque con muchas variantes y niveles) era, en definitiva, un oponer al dominio político de Roma un modelo que daba dignidad a los griegos, el de la antigua Atenas. No sólo esto, sino que el pasado ayudaba a las élites griegas locales a mantener su poder al dejar a la vista su conexión con los grandes días de Grecia. Inversamente, Roma concedía la ciudadanía a provinciales ricos y les permitía participar en su gobierno. Y ellos mantenían su dignidad de griegos de esta manera.

Claro que este punto de vista no es único, habría que introducir los factores meramente literarios que están en la base de la creación de tipos diversos de lengua griega literaria, cada vez más aticistas, a veces poetizantes. Y habría que considerar luego el griego de los judíos, a partir de la versión de los LXX, y otras variantes del mismo. Y las variantes socio-



lingüísticas que se manifiestan, por ejemplo, en tantas inscripciones de Asia Menor o en la *Vida de Esopo*.

En realidad, son los sectores cultos y afluyentes de la sociedad aquellos que nuestro autor considera en su libro. En la segunda parte de éste son estudiadas sucesivamente las posiciones de Plutarco, Dión de Prusa, Arriano, Apiano, Aristides, Luciano, Pausanias, Galeno, Filóstrato y Dión Casio. Hay diferencias entre ellos y no siempre es fácil concretar sus opiniones, que a veces no dejan explícitas o son contradictorias. Distinguir entre retórica y realidad no es nada fácil.

No son lo mismo personajes que participaron en el gobierno imperial, como Arriano, Apiano, Filóstrato y Dión Casio, que un médico e intelectual como Galeno, que sofistas y ensayistas diversos, que un periegeta como Pausanias, interesado por las antigüedades griegas. No son lo mismo los que procedían de tierra puramente helénica que los que tenían sus raíces en Bitinia, como Dión de Prusa, o en Alejandría, como Apiano, o en un territorio semítico como Luciano.

Y es difícil juzgar el grado de sinceridad en discursos como los de Dión de Prusa ante Trajano o Aristides ante la familia imperial o donde está el verdadero sentir del autor cuando Luciano oscila entre la adulación (cuando formaba parte de la corte de Lucio Vero) y la crítica (en el *Nigrino*, sobre todo). Pero la crítica de los ricos romanos en esta obra y las acusaciones contra la conquista romana en otras (por ejemplo, en Pausanias) o contra Domiciano (en Filóstrato) o contra los gobernadores provinciales (en Dión de Prusa) no tienen por qué considerarse un ataque contra el poder imperial ni contra Roma.

En términos generales, los escritores aquí estudiados, sean políticos o no, elogian la paz de los tiempos de los Antoninos y elogian a Roma en cuanto protege al mundo civilizado de los bárbaros. A veces hasta se ve esto como traído por la divina providencia, así en el caso de Plutarco.

Admiten lo romano con aserción, al tiempo, de la superioridad cultural de Grecia, de su pasado glorioso: se consideran un pueblo diferente, aunque, a veces, reconozcan la cultura griega de ciertos dirigentes romanos, así Plutarco a propósito de Flaminio y Paulo Emilio. Esto se mezcla con un cierto desdén

por la poca formación cultural incluso de personajes admirados, como Trajano. E incluso en lo político se creen en el caso de dar consejos, así en el caso de Plutarco o, en Filóstrato, *Vida de Apolonio*, en la reunión ante Vespasiano de Dión de Prusa, Eufrates y Apolonio.

Los griegos de alta clase estaban integrados en la sociedad romana, sólo en ella ascendían algunos en la política, otros era en ella donde buscaban sus triunfos literarios o científicos. Pero una adhesión íntima era rara, aunque pueda encontrarse, por ejemplo, en Plutarco y Dión Casio. Su patria seguía estando en el mundo griego: Galeno, que vivió en Roma treinta años, se sentía como ciudadano de Pérgamo, Dión de Prusa de Bitinia, Plutarco de Beocia.

Hay, diríamos, una aceptación del estado de hecho y de sus ventajas, unida a críticas sobre la conquista romana o los gobernadores provinciales o la vida de Roma. Y no hay crítica contra el régimen imperial, en abstracto: todos los que se expresan sobre el tema afirman que la monarquía era el único régimen posible para evitar el caos y defender a Roma. Pero tienen, al tiempo, un complejo de superioridad cultural.

Por otra parte, los griegos estaban cogidos, en Oriente, entre el poder romano y el

substrato semítico o egipcio de que hablaba arriba. El dominio del griego, del griego aticista, entre los descendientes de griegos y los asiáticos helenizados, era esencial para un Iambulo o un Luciano o un Apolonio (en Filóstrato) para triunfar no sólo en el mundo griego, también en el romano. Pero quedaban las grandes masas que hablaban un griego deficiente o no hablaban griego, incluidas aquellas a las que se dirigían, en Egipto, los oráculos que anunciaban la caída del Imperio.

Para nosotros, que vemos las cosas desde otro nivel temporal, existió una cultura greco-romana. Para los griegos sólo existió, de una parte, una cultura griega (a veces aceptada por los romanos) y, de otra, el poder romano, del que unos trataban de participar al nivel que fuera (incluso al local), otros lo aceptaban con una mezcla de satisfacción y resentimiento. Hubo una cierta integración, pero con muchísimos matices.

Una amplia bibliografía y un útil índice de nombres y temas cierran el libro.

F. RODRÍGUEZ ADRADOS

#### V – VARIA.

MACÍA APARICIO, LUIS M. - PICÓN GARCÍA, V. - TORREGO SALCEDO, M<sup>a</sup> ESPERANZA - VILLA POLO, JESÚS DE LA (edd.) – *Quid ultra faciam?* Trabajos de griego, latín e indoeuropeo en conmemoración de los 25 años de la Universidad Autónoma de Madrid. Madrid, Universidad Autónoma, 1994. 324 pp.

Ciertamente, dar fe de vida y vitalidad es la mejor manera de ir celebrando los aniversarios de una institución académica, y así parecen haberlo entendido los miembros del Departamento de Filología Clásica de la UAM, incluyendo algunos de los que ya no están oficialmente vinculados con él, al hacer sus aportaciones a este volumen colectivo, en el que se contienen una presentación, a cargo del profesor más veterano, Vicente Picón, una relación de participantes, una nota de los editores, treinta y seis trabajos y un índice general de citas.

En su nota (p. 13), los editores estimaron prudente curarse en salud, declarando ser conscientes de que el contenido podría haber sido dispuesto de otras maneras, y asumiendo «la responsabilidad de la distribución que presentamos y que responde a nuestra propia percepción y comprensión de cada trabajo». Partiendo de esa base, sería descortés enjuiciar el hecho de que el material editado se reparta en cuatro secciones – Lingüística Griega e Indoeuropea (10 trabajos), Lingüística Latina (5), Literatura y Filología Griega (8) y Literatura y Filología Latina (13) –, ordenándose dentro de ellas alfabéticamente, con lo que el artículo que trata de la historia del lema heráldico de la UAM que da título al volumen, se encuentra en las páginas 231 a 237, ocupando entre los de la sección cuarta el cuarto lugar, de manera tal que, si no da con él, un lector poco avisado podría figurarse que *quid ultra faciam?* significa que con esta miscelánea el Departamento de Filología Clásica de la UAM considera alcanzado el límite de sus capacidades y no sabe ya qué hacer.

Nada, desde luego, podría estar más lejos de la verdad, porque los veintiséis artículos que van antes de éste, y los nueve que le siguen, certifican que el Departamento está muy vivo y activo, que tiene mucho más futuro que pasado y que el número y las inquietudes de los que

lo componen le permiten cubrir con solvencia el extensísimo frente de la Filología Clásica sin dejar en él ni huecos ni intervalos. Esa misma amplitud me veda reseñar uno por uno los treinta y cinco trabajos aludidos, por cuanto la simple relación de autores y títulos ocuparía más espacio del que me conceden normas editoriales que yo no puedo quebrantar. Esto es lo único que tienen para mí de malo los volúmenes colectivos como éste, y éste en particular

LOIS C. PÉREZ CASTRO